



Obligados por el destino, trabajarán
contra reloj y contra sus propios deseos.

**MÁS FUERTE
QUE MI
DESTINO**

TEAM PLAYERS

CLARA H. VIAL

Para todos aquellos que se
atrevan a soñar y decidan
seguir el camino para
encontrar su destino...

CAPÍTULO 1

Alex

El *Four Seasons*, siempre he odiado ese lugar.

Si Max no fuera como mi hermano, ni siquiera me molestaría en usar el esmoquin que había comprado y que habían ajustado a mis medidas. Era uno de los inconvenientes de ser su mejor amigo. Yo era su apoyo moral y no un snob socialité elegante y exclusivo; no me preocupaba de cómo me veía ni a quienes conocería en la maldita gala. Era un consuelo, al menos, saber que él no esperaba más de mí. Ni que me paseara conversando con otros ni haciendo más que lo de siempre, acompañarlo a pasar el mal rato. Nunca lo había pedido, nunca había dicho nada, pero lo conocía tanto, que sabía lo que él necesitaba.

Era su madre la que organizaba las galas y fiestas de la Fundación Russell, nadie sabía con qué se iba a encontrar hasta llegar ahí, Max incluido, y era aterradorante.

Además de hacerse cargo del estudio jurídico de su padre, todos los años debía patrocinar eventos para recaudar fondos en apoyo a instituciones benéficas. Desde educación, hasta amigos del arte, desde refugios en África hasta *Unicefy*, esa noche en especial, era la gala en ayuda para los niños con cáncer.

No le gustaba ser el centro de atención, los paparazis lo perseguían a las afueras de su casa, de la oficina y ni hablar de cómo era a la salida de cada fiesta o acontecimiento. Su madre no se lo hacía fácil. Por lo mismo nos tenía a nosotros, que estábamos ahí, como lo habíamos hecho desde que éramos niños.

Para cada uno, la gala tenía diferentes significados; para Max era una obligación; para Tommy era un evento social; para Jonah era una oportunidad más para agradecer, y para mí era una patada en el trasero. No estaba en contra de las fundaciones benéficas, al contrario, me encantaba apoyarlos y sentir que contribuía en algo, solo estaba en contra de tener que vestirme de etiqueta para eso. Si bien crecimos juntos, éramos tan diferentes que la gente no podía creer que, después de tantos años, siguiéramos siendo amigos. Odiaba que me recordaran la posición que ocupaba y el éxito «profesional» que conllevaba. Cada uno de nosotros era exitoso en lo que hacía y nunca pude entender si era por eso, o por alguna otra razón, que las mujeres decidieran buscar una forma de aparecer en nuestro radar y girar a nuestro alrededor, siempre presentes y al acecho.

A Tommy le pedían autógrafos, a Jonah su número de teléfono y a mí... Bueno, a mí..., mi número de habitación.

Si hubiese sido un bastardo, habría sacado provecho de aquello, sin embargo, y a pesar de lo que pudieran decir o inventar los medios, era y siempre sería un caballero.

Era como psicología inversa, no hablaba, no me levantaba, ni siquiera me paseaba por el salón y, aun así, siempre había alguna señorita esperando para hacerme un *tackle*¹.

Tanta frivolidad era enervante, tantas conversaciones vacías eran inútiles y siempre tenía otras cosas mejores que hacer con mi tiempo. Sin embargo... ahí estaba, regalando mis horas por un par de buenas causas, acompañando a Max, representando a mi equipo en las fotos y, obviamente, aprovechando la barra libre.

Todos, excepto Jonah y yo, aparecían en coches elegantes que eran recibidos con ansias por los jóvenes que trabajaban como *valet*. El chico del tatuaje en el cuello que recibió mis llaves me miró dos veces cuando se dio cuenta de que iba a tener el privilegio de manejar mi Ford F150 del año 90. Si bien, recibía un salario de más de siete cifras al año por mi trabajo y por dedicarme a lo que más me gustaba, en mi vida solo había espacio para el juego, el dinero nunca había sido importante.

Cero glamour, nada de glamour, ya que no cambiaría mi camioneta clásica por ninguna otra.

La noche era cálida, había luna llena y ya no quedaban vestigios de la lluvia de esa mañana; aunque las nubes no parecían tener intenciones de ir a alguna parte y a los invitados no les quedó otra que llegar con paraguas.

¹ *Tackle*: En rugby es cuando quien lleva el balón es llevado al suelo por uno o más oponentes.

Era la quinta vez en el año que iba a ese lugar y en cada ocasión se veía diferente. La madre de Max no escatimaba ni en esfuerzos ni en recursos y sí, tenía curiosidad por ver qué había hecho ahora.

El salón, que estaba en el último piso, al que se llegaba directamente desde el ascensor, contaba con dos mamparas a través de las cuales se podía acceder a la terraza. La decoración, en esta ocasión, parecía victoriana, aunque con tonos discretos, que permitía que candelabros de cristal veneciano y las ventanas de suelo a cielo, reflejaran en los vidrios las luces tornasoles, que se movían con el pasar de cada copa de Champaña.

El regimiento de camareros se paseaba con bandejas llenas de vasos con líquido ambarino y flautas de burbujas.

Cristales y plata fina, velas y flores, y las vitrinas iluminadas con las piezas de la subasta.

La señora Russell se superaba evento tras evento, todo refinado y cosmopolita.

Las mesas estaban en semicírculo alrededor del podio, la pista de baile, y, cuando entré, la banda ya había comenzado a tocar las primeras piezas de música de salón. Un *DJ* habría sido un atentado al protocolo.

Risas por todas partes, flashes y conversaciones ruidosas... sí, diferente escenario, pero más de lo mismo.

Una fiesta de ese calibre atraía no solo a la alta sociedad, sino también a los cínicos que querían rebajar impuestos con sus donaciones o a los que buscaban limpiar su imagen al convertirse en patrocinadores y de paso ostentar sus elegantes trajes,

disfrutar de una cantidad ilimitada de Champaña de primera calidad y todo por la módica suma de tres mil quinientos dólares por persona.

Los únicos idiotas que íbamos sin pagar, éramos nosotros, era el beneficio y obligación de ser amigos del anfitrión.

El lugar estaba lleno y no cabía ni un alma más.

Mesa dieciséis. ¿Qué tenía la madre de Max con ese número?

Me senté con un trago en la mano y miré el reloj. Siete veinticinco. Ninguno de ellos entendía la importancia de llegar a la hora, ser puntual no era algo que hubiese que hacer por obligación, no, era una forma de respetar el tiempo de los demás.

Había comenzado la jornada y debía prepararme: ascensores en la esquina; salidas de emergencia a la derecha; bar al fondo y los baños... detrás, la ruta de escape estaba lista.

—Hola, viejo —dijo Tommy que venía de la mano con una pelirroja de ojos verdes— te presento a Emily.

—Un gusto —me levanté para estrechar su mano—. ¿Cuándo vas a aprender lo que significa llegar a la hora? —No había alcanzado a llegar al punto en el que tuviera deseos de matarlo, pero me sacaba de quicio que no respetaran los horarios y llegaran tarde, como si nada.

—Oh, no, no, no de nuevo. Son las siete, treinta y nueve —respondió reloj en mano—, siempre existe un margen de al menos diez minutos.

—Mmm, claro. —Antes de instalarse frente a mí le abrió la silla. Tommy y ella debían estar en algo serio, lo noté no porque le ayudara con el abrigo, sino

porque le dio un beso en la mejilla antes de que se sentara.

—¿Y Jonah? —preguntó.

—Debe estar contando con los mismos diez minutos de margen que tú, o tal vez para él son quince. No tengo idea, está atrasado, qué sé yo. — Odiaba gruñir, pero no pude evitarlo.

—¿Y Max? —volvió a preguntar.

—Al lado del podio junto a Cass.

—Emily, Max es el tonto que mira embobado a la morena de ojos azules y vestido gris, ella es Cassandra, su esposa. Te la presentaré cuando haya terminado la subasta. —explicó Tommy.

Jonah apareció en el campo visual y venía con una chica de pelo negro que traía un vestido rojo.

—Hola a todos —Nos presentó a su cita y mientras se ponían al día, yo buscaba un lugar distinto para sentarme que no fuera la mesa dieciséis. Ser la quinta rueda era una joda, cualquiera que dijera lo contrario de seguro era un mentiroso.

No era que me importara ir solo, había perdido el miedo a estar solo cuando me mudé de casa, cuando entendí que era una molestia para muchos y que era mejor aprender a pasar desapercibido. Fue Max que cuando se convirtió en mi amigo... en mi hermano, me enseñó lo que era ser un equipo.

—¿Y tú qué haces? —me preguntó la pelirroja. «Ogg, charlas. No... ¡maldición!, ¿dónde está el alcohol?».

—Juego en *The Flyers* —respondí de mala gana. No tenía intención de extender la situación por más

tiempo, no tenía ganas de conocer gente nueva y mucho menos exponerme al escrutinio de nadie.

—Es el capitán —explicó Tommy— que no te engañe su cara. Sigue sin entender qué es lo que hace.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Lo que este idiota nunca ha entendido —dije— es que a mí me gusta jugar y lo demás, que viene con el cargo, no es importante para mí.

—¡Sí, claro! —interrumpió y se aclaró la garganta.

—Piensa lo que quieras idiota, pero sabes cómo es. —Levanté la vista y miré a mi alrededor, no había ninguno de los camareros en el perímetro justo cuando más los necesitaba.

—Disculpe... —dije cuando por fin encontré uno y tomé un trago— ¿La sala de descanso dónde está?

—Al fondo del pasillo, en la esquina del podio —respondió el hombre que tenía una bandeja redonda con tres vasos de *whisky* y seis copas llenas.

—Gracias.

—¿Estás pensando en emborracharte o hacer una salida triunfal? —preguntó Jonah— No es necesario que tengas el mapa mental en la cabeza.

—Cállate.

—Déjalo, si las mujeres lo acosan esta noche podemos interceptarlo y mandarlo de vuelta a su casa, es cosa de escucharlo, sigue como perro herido lamiéndose las heridas. —replicó Tommy.

—No sean tontos, estar aquí es castigo suficiente como para además tenerlos a ustedes diciendo estupideces.

Malditos, los aguantaba solo porque eran mis compañeros de equipo y eran como mi familia. Crecimos jugando rugby y fuimos la primera línea hasta que salieron de la Facultad. Yo, había dejado todo, incluyendo mi carrera como periodista, para dedicarme al rugby profesional cinco años atrás.

Lo mío era el juego, siempre había sido así y así seguiría. No había nada que pudiera reemplazar la adrenalina, la sensación de plenitud y de pertenencia que sentía cuando estaba en la cancha.

La conversación se volvió monótona, no tenía mucho que aportar, ya que, en realidad, lo único que quería era estar en otro lugar.

—Está bien, señoritas, espero que no se arrepientan de haber venido con estos idiotas —dije a sus invitadas y me levanté de la mesa.

—¿Ya te vas? —preguntó Jonah—, pero si son recién las ocho.

—Disfruten de la charla y de sus bellas compañeras en esta noche tan glamurosa, tengo algo mejor que hacer. —Dejé el vaso que tenía en la mano y caminé hasta una de las esquinas del bar.

Como los camareros estaban desplegados en forma estratégica por el salón, no había nadie en la barra.

—Un *Vodka Tonic*, por favor. —Era una buena ubicación. Si Max me necesitaba, podía hacerme un gesto e iría a rescatarlo, aunque lo más probable era que Cassandra lo hiciera por mí.

Podía ver mi reflejo, la muralla del fondo tenía un espejo desde donde veía todo el doble de su tamaño.

—Háblame. —Una criatura de vestido azul y cabello castaño claro se puso frente a mí, peinada con un moño alto y algunos rizos sueltos que le caían hasta la base de la espalda, justo donde terminaba el escote de su vestido. Llevaba un maquillaje ligero, pero con un efecto que daba un toque dramático a esos ojos marrones en forma de almendras, protegidos por una cortina de pestañas.

—¿Cómo? —pregunté.

—Háblame por favor. —«Maldición... aquí vamos. Busqué la salida más cercana antes de mirarla de nuevo».

Era delgada y alta, el vestido ceñido destacaba su perfecta silueta de reloj de arena y su piel blanca se veía suave y sedosa. Sus labios en forma de corazón tenían un leve tinte rojo y, con sus dedos, enrollaba y desenrollaba uno de los rizos que caía cerca de su mejilla. De frente, el vestido tenía un recatado escote recto que era discreto, pero los delgados tirantes dejaban su espalda descubierta, casi desnuda. Jamás, hasta ese minuto, habría pensado que la espalda de alguien podía ser tan... interesante.

Me había quitado el aliento. Sus movimientos eran suaves, delicados y elegantes, pero su rostro pedía ayuda con desesperación, era como si se sintiera atrapada y hubiese encontrado en mí el escape y el camino a la salvación.

—Háblame de cualquier cosa, por favor, ¡háblame!

Me había dado por vencido en la misión de entender a las mujeres, sabía que al menos yo no iba a ser afortunado en ese campo. Comencé a divagar, por supuesto que quería hablarle, por supuesto que quería ayudarla en lo que fuera que necesitara, pero sus ojos eran tan expresivos que estaba concentrado en leer lo que decían. Sus labios se veían tan perfectos, que me era fácil imaginar cómo sería besarlos y conocer cuál sería su sabor ¿Fruittillas, frambuesas, moras o tal vez algo más?

—¡Por favor!

No, no era correcto que la dejara rogando por ayuda, pero me sentía perdido. Las mujeres solían ser agresivas conmigo y estaba cansado de las persecuciones.

Plan A, podía darme la vuelta y dejarla hablando sola. Plan B, me quedaba y averiguaba qué demonios necesitaba.

No se veía amenazante, y, aunque sus ojos brillaban, sabía que no era porque quisiera atravesarse en mi camino y meter las manos entre los bolsillos de la chaqueta de mi esmoquin *Hugo Boss*. Era hermosa.

—Mmm... Vamos a lo básico... ¿cómo te llamas?

—Penélope... Penny.

—Es un gusto conocerte Penny, ¿estás bien?

—Eh... sí.

—Mmm, parece como si estuvieras huyendo de alguien.

—¡Oh!, No... ¿qué te hace pensar eso?

—Que... en vez de mirarme, después de haberme pedido que hablara contigo, estás pendiente de lo que pasa detrás de mí como si estuvieras escondiéndote.

—No, disculpa. Es que...

Era adorable, miraba el espejo como si fuera el retrovisor de un coche y después a mí con el rabillo del ojo. Su nariz era recta y perfecta. No había que ser psíquico para ver que estaba preocupada de algo que no tenía nada que ver conmigo y era refrescante, diferente a lo que estaba acostumbrado a vivir en cada uno de los malditos eventos a los que debía asistir.

Seguía atenta al suelo, sonreía tímidamente, pero continuaba pendiente de todo lo que pasaba detrás.

—Quédate aquí conmigo. Sonríe y finge que nos conocemos —insistió.

—Está bien, ¿deseas beber algo?

—Vino blanco, gracias. —Penny siguió con los ojos pegados al retrovisor incluso después de que terminó de tomar su copa de *Chardonnay*.

Era ridículo. Si quería mi ayuda, al menos debía decirme lo que necesitaba en vez de quedarse frente al espejo. No era un caballero de brillante armadura ni pretendía serlo, pero habría sido útil saber para qué me quería.

—¿Me puedes pedir otra copa? —Su respiración era agitada y cada vez que tomaba aire, levantaba sus pechos... y con eso... había encontrado la mejor excusa para convencerme de que me quedara quieto.

Le hice un gesto al camarero y pedí un trago más para cada uno, ya que tenía la sensación de que estaríamos ahí un rato.

—Dame la mano —dijo y obedecí al instante—.
¿Puedo pedirte un favor? Necesito que te bajes de la silla y te pongas frente a mí como si estuvieras hablándome al oído.

Eso, no había sido precisamente lo que yo habría esperado por un favor, pero siempre estaría encantado de ayudar a una damisela en apuros.

Me acerqué, estaba dispuesto a seguir todas sus instrucciones y esa mirada suplicante hacía que me olvidara de dónde estábamos. Me sentía envuelto, el aroma que la rodeaba me llevaba a cruzar la línea y no pude evitarlo, enredé mis dedos en su cabello y mis manos rozaron la base de su espalda. Cada una de mis células se movía en dirección opuesta y la sangre había dejado de llegarme a la cabeza.

«Magnífico».

Acerqué mi mejilla al borde de su cuello y antes de volver a mi lugar, noté cómo se le erizó la piel y su respiración cambió de ritmo.

—¿Viniste sola? —Había dejado de preguntar esa clase de cosas, pero Penny tenía algo... esos labios, no hacían más que llamarme a hacer preguntas, incapaz de contener el impulso.

—¿Estás bien? —Asintió. Volvía a mirar hacia atrás, pero en vez de vigilar sus doce, tomó la solapa de mi esmoquin y sin preguntar tiró de ella y me besó... así de simple. El roce de su boca hizo que me perdiera, que se pusiera todo borroso y se me

olvidara de que tenía cerebro. Sus labios sabían a gloria, a burbujas, a rayos, a cielo y un toque de dulzor que era huella del vino.

No me quejaría por la suavidad de sus labios, llevaba un rato ya imaginándolos, pero fue tan sorpresivo que casi perdí el equilibrio. Había conocido mujeres muy directas, pero no tanto y, antes de que me recuperara, alguien tosió detrás de mí.

—¡Oh, Penny!, es un placer verte, no estaba seguro de que fueras tú.

—Hola, Sam, te presento a mi novio —dijo ella como si fuera un hecho.

Eso había sido inesperado, pasar de ser extraños a novios en menos de veinticinco minutos era un gran paso. No llevaba mucho tiempo de vuelta en el mercado, pero tenía claro cuál era el ABC.

—Alex —dije al que parecía ser el causante de todo el revuelo y le extendí la mano.

—Sam —respondió y estrechó la mía con más fuerza de lo acostumbrado.

Apenas terminé de saludar, ella tomó mi palma y entrelazó sus dedos con los míos como si en eso se le fuera la vida.

—Solo quería saludarte —dijo Sam, se acercó y la besó en la mejilla— cúdate, querida Penny. — Contení la respiración y me apretaba aún con más fuerza. En un acto reflejo, en vez de soltarla, la abracé y la acerqué más a mí.

La gente había comenzado a levantarse de sus mesas y circulaba, mezclándose, conversando y una

necesidad compulsiva de ayudarlo me pegó fuerte y me di cuenta después de que la tuve a mi lado.

—Alex, que disfruten de la fiesta —dijo Sam cuando alzó una ceja, antes de dar la vuelta.

Ella seguía inmóvil, ni un músculo, ni siquiera cuando él salió de nuestro campo visual.

—¿Estás bien? —pregunté. Seguía quieta y perdida.

—Penny, ¿estás bien? —Ahora estaba pálida.

El camarero que había sido testigo de parte del encuentro llegó con un vaso de agua segundos después de que ella hubiera terminado la segunda copa.

—No puedo respirar... no puedo... —Empezó a hiperventilar y una gota de sudor bajó por su frente.

—Mírame.

—¡No puedo respirar! —había lágrimas escondidas en sus ojos.

—Penny, todo está bien, respira profundo —cogí una de sus manos y le di un beso en los nudillos.

Su piel no podía ser del mismo color que un papel, era clara pero no blanca. La tomé del brazo para llevarla a mi mesa, pero no se movió. Toqué su frente, transpiraba, y, con la intención de calmarla, tracé la línea de su mandíbula con mis dedos para tomarle el mentón para que me mirara a los ojos.

—Penny, te voy a llevar a un lugar más tranquilo, ¿puedes caminar? —Negaba con la cabeza.

—Voy a tomarte en brazos, ¿está bien? —Seguía inmóvil y yo estaba seguro, de que lo mío no era rescatar princesas por ahí.

La levanté y escondió su rostro en mi pecho como si quisiera desaparecer. Fui por el costado para que nadie nos viera, caminé por el pasillo detrás del podio y ella temblaba aferrada a mi cuello. Tiritaba y su cuerpo me parecía tan frágil, que me sentía sosteniendo a una delicada muñeca de cristal.

—No puedo respirar... no puedo respirar...

Para todos los eventos de la Fundación, Max siempre tenía la precaución de contar con una suite especial. La primera vez que organizó la gala, su madre se desmayó en plena pista de baile y como se negó a dejar la fiesta, tuvieron que encontrar un lugar cerca del salón y demoraron media hora en hacerlo. Cuando informaron dónde estaban las acomodaciones, ella se había recuperado al punto en que les gritaba a todos a su alrededor, partiendo por mí que era quien la tenía en brazos y que no se había despegado de ella en ningún momento. Desde entonces, Max procuraba tener una suite de descanso en caso de emergencias. Muchas veces era alguna habitación del hotel, acondicionada y cercana al salón de eventos. No fue difícil encontrarla.

—Chss. Penny, estoy aquí... ahora... respira conmigo.

—¡No puedo respirar!... ¡no puedo respirar!... ¡no puedo respirar! —susurraba.

—Ya llegamos —dije y me agaché para ayudarla a recostarse en el sofá.

—¿Puedes beber esto? —Le entregué la botella de agua más fría que había, busqué su pulso, lo tenía disparado—, bebe esto... te sentirás mejor.

Nada.

—Penny, tienes un ataque de pánico, el agua te ayudará a...

—¡No puedo respirar!... ¡no tengo un ataque de pánico!... ¡no puedo respirar!...

Intenté que pusiera la cabeza entre sus rodillas, traté de que hiciera ejercicios de respiración, pero seguía sin escuchar.

—Penny, todo va a estar bien y no pasa nada.

—¡Tú no sabes lo que hay que hacer en estos casos!, ¡un paciente con un ataque de pánico necesita algo abrupto que lo cambie de estado!... ¡no puedo respirar!...

El plan A frente a esto, mi primera opción de ayuda, podía ser efectivo, pero me arriesgaba a un mordisco, el plan B, sin embargo, no le iba a gustar porque sería más, mucho más, dramático.

Si seguía poniéndose morada, iba a desmayarse en cualquier momento.

Cuántos minutos habían pasado desde que comenzó a hiperventilar... ¿Tres, cinco, diez?, ¡maldición!, no tenía idea.

La levanté y la puse en mi hombro porque iba a necesitar la otra mano.

Caminé los diez metros que había desde el sofá hasta el baño, afirmándola con una mano, ya que, la otra, la necesitaba libre.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

—¿Qué hiciste maldito idiota?

Siempre funcionaba, lo sabía por experiencia. A pesar de que me estuviera gritando, no pude evitar que saliera una sonrisa de mis labios.

—Lo siento, ¿puedes respirar ahora?

—Que... ¿si puedo respirar?, ¡no lo puedo creer...!

—Lo siento, Penny, en serio, solo seguí tus instrucciones.

—¿Qué instrucciones?

—Las de cambiar el estado del paciente abruptamente. —Hermosa y, a pesar de estar furiosa y de haber pasado del morado cianótico al rojo puro, era la mujer más bella que había visto en años... o quizás... en mi vida.

Cuando estuve de pie, sin intención me miré al espejo y me reí al ver el desastre que habíamos hecho. Fue tanto, que al menos me consolaba saber que mi camisa mojada, no se vería bajo la chaqueta.

—Pediré a conserjería que sequen tu ropa. No es mucho lo que puedo hacer por tus zapatos, pero seguramente el vestido estará listo en una hora. — anuncié desde el otro lado de la puerta.

Abrió y salió con una toalla enrollada en la cabeza, una bata y unas pantuflas blancas. Se había sacado el maquillaje y el brillo de su rostro era del color del reflejo de las velas sobre los vidrios tornasol.

Silencio.

—Estamos en la sala de descanso al costado del salón de eventos.

—Supongo que debo darte las gracias —me dijo y se sentó en el borde de la cama.

—No, no te preocupes, lo importante es que estás bien ahora. ¿Necesitas algo? —Me miró y sus ojos transparentes me mostraron lo que sentía, sin ningún esfuerzo.

Miedo.

Vergüenza.

Ganas de salir corriendo.

—Penny, nadie nos molestará y estarás bien, lo prometo.

Silencio.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco minutos.

—Sí. Mi móvil. Lo dejé en la mesa en la que estaba y lo voy a necesitar para pedir un *Uber* y volver a casa. —Todavía se veía desorientada y cada uno de sus movimientos eran lentos y cautelosos.

—Escucha —le dije y levanté su barbilla— iré por tu teléfono y una vez que traigan el vestido te llevaré a casa. Es lo mínimo que puedo hacer después de haberte bañado con agua fría.

—Supongo... —respondió arreglándose la toalla que llevaba en la cabeza—. ¿Alex?

—¿Sí?

—Gracias. —Esa sonrisa. Esos labios suaves se curvaron, y pude ver lo blancos y perfectos que eran sus dientes.

No quería dejarla sola y arriesgarme a que le diera otro ataque de pánico, pero no tenía mucho más que hacer. Había vuelto a mí la necesidad salvaje de protegerla y antes de irme, tomé su rostro entre mis manos, primero rocé sus labios con los míos y luego le di un beso en la frente. Me miraba como si

no hubiera nada más en la habitación y me senté a su lado. La abracé y con los dedos, puse detrás de su oreja un mechón húmedo que le cubría el rostro. Tenía la piel tan suave que temí que mis manos callosas pudieran hacerle daño. Levantó la vista cuando toqué una de sus mejillas y no pude contenerme, la besé suavemente. Buscaba darle tranquilidad, quería que sintiera que todo estaría bien, que mientras estuviera conmigo no debía preocuparse por nada, porque yo, cuidaría de ella. Iría a buscar su teléfono, la ayudaría a recoger sus cosas y después la llevaría donde quisiera ir.

Llegué de regreso al salón y antes de avanzar entre la gente, busqué la mesa número diez. La subasta terminaría en cualquier momento y pronto empezaría la fiesta. Los últimos sesenta minutos habían sido tan intensos que perdí toda la noción del tiempo.

CAPÍTULO 2

Alex

Fui a la mesa, encontré su móvil casi de inmediato y caminé hasta la mesa dieciséis para explicarles a los demás que me iba. Después de todo lo sucedido, al menos yo daba por terminada la fiesta, Penny necesitaba mi ayuda y yo iba a dársela.

—Detrás de ti, disimula que ahí viene Martin — dijo Tommy.

Llevaba enganchada a su brazo a una mujer delgada y cabello rubio. Ella llevaba un vestido dorado que tenía solo dos finos tirantes y un escote frontal que hacía que se le vieran hasta las costillas, y ambos saludaban a la gente levantando los brazos como si fueran los reyes de Inglaterra.

—Alex —escuché a mi hermano.

A pesar de ser él, no iba a hacer una escena ni tampoco iba a comenzar a ser mal educado. Podía ser un cretino, pero no uno desubicado y muy a mi pesar, volteé para saludarlo.

—Martin.

—Nunca te había visto en esta gala, supongo que, ya que Max está a cargo del estudio, no me quedará más que acostumbrarme a tu cara en eventos sociales.

«¿Es broma?, este infeliz viene por primera vez y, ¿me dice esto?».

Hizo un ademán a la mujer que venía con él para que se acercara.

—¿Rebecca? —Ella nos miró a Martin y después a mí.

Tenía un nudo en la garganta, empuñé las manos y empecé a contar.

— ¡Alex!, déjame explicarte.

—Tranquila, querida, no hay nada que explicar y Alex lo sabe, ¿no es así hermanito? —dijo y la tomó de la cintura con un gesto posesivo.

Martin levantó una ceja esbozando una satánica sonrisa, el maldito esperaba mi reacción y estaba seguro de que lo había planeado.

Por lo menos una vez al año hacía alguna entrada triunfal como esa. Le daba giros inesperados a mi vida y ponía a prueba mi contención, mi paciencia, mi capacidad y mi decisión voluntaria de no matarlo. Si alguna vez iba a prisión por homicidio, sería por estrangular a alguien que valiera la pena.

—Igual y a pesar de todo me da gusto verte ¿Sabías que nuestro padre está haciendo un inventario de las propiedades de la familia? —dijo Martin— ¡Oh! No, claro que no lo sabes. Tendrías que comportarte como su hijo para saberlo, o al menos como un miembro de la familia, pero veamos... no, no lo haces. Me imagino que va a encontrar cosas interesantes. ¿No te parece?

—Manda esto a la sala de descanso —dije a Jonah y le entregué el móvil de Penny.

Una escena o discusión con mi hermano era lo último que quería hacer. Había mucha gente y cuando se oyó la voz tosca de Martin, nos atravesaron las miradas, por lo que caminé hacia el ascensor, que era una de las rutas de escape que había dibujado en mi mente.

El *valet* pareció demorar siglos, esperaba tan ansioso mi camioneta que los minutos parecieron una eternidad.

—¡Alex! —escuché a Rebecca que corría hacia mí a pesar de los tacones— ¡Alex! ¡Tengo que hablar contigo!

Que el resto del mundo pudiera oír cualquier excusa que quisiera darme no era como esperaba que terminara la noche, no podía olvidar que Max era el organizador de la gala. La tomé de un brazo para ponernos al costado y evitar que nos vieran.

—Rebecca, no tenemos nada de qué hablar. Lo que hagas con tu vida es tu problema. Terminamos, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, pero eso no te da derecho a tratarme como lo has hecho ahora.

—A tratarte, ¿cómo? Ni siquiera te he hablado.

—Deberías haber sido más...

—Más que, ¿cariñoso? Escúchame, una cosa es saber que mi novia me está engañando. ¿Pero enterarme de que era con mi hermano?, ¡Dios, Rebecca! ¿Quieres sumarle a eso que han aparecido por arte de magia por primera vez, sabiendo que yo iba a estar aquí? Martin nunca había venido y dudo que sea coincidencia... ¿De verdad me estás

preguntando?... No puedo creerlo Rebecca, lo voy a poner simple para ti, todas estas son preguntas retóricas.

Era mejor cerrar la boca. Quería decir más, mucho más, pero hablar con ella o con Martin no estaba en mis planes, mucho menos después de semejante revelación. No porque no quisiera enfrentarlos, no, era mejor mantener el silencio, porque la carga de esas palabras quedaría resonando para siempre.

La traición puede venir desde cualquier flanco y te puedes hundir de diferentes maneras, pero cuando viene desde donde menos lo esperas, no hay quien pueda salir del barro sin ahogarse. Mi hermano y Rebecca acababan de darme un golpe que de seguro dejaría una cicatriz.

La tormenta no fue inocua, dejó huellas en el pavimento y charcos de agua que hicieron su trabajo para atravesar mis pies cuando pisé uno. Mi apartamento se sentía igual de frío que en la mañana y no tenía ganas de darle espacio a mi imaginación, porque era peligrosa.

No me importaba ser el payaso o el hazmerreír del resto, pero no iba a permitir que Martin siguiera riéndose de mí. Por ningún motivo.

Tomé directo desde la botella, una y otra vez, un trago tras otro. Necesitaba sacarme esas imágenes de la cabeza, quitarme esas emociones y conocía pocas maneras para hacerlo. Ni siquiera me molesté en sacar un vaso y me paseé por la terraza. La luna había desaparecido, igual que mis deseos de ser una persona civilizada.

De seguro abrí una segunda, porque antes de quedarme dormido, vi la cara de Martin con su sardónica sonrisa y el rostro de Rebecca lleno de mentiras... y.... a... ¡mierda! ¡Penny!

Mi preciosa Penny. ¡Dios mío!, había dejado sola a la mujer más dulce que había conocido, si hubiese tenido la cabeza sobre los hombros, habría tenido el sentido común como para mandarlos a la *mierda* y haber regresado a buscarla. ¡Maldición, era verdad que sin esforzarme podía llegar a ser un verdadero imbécil!

La luz de la mañana no tuvo piedad y quedé completamente a su merced.

Que el sol me llegara directo a la cara no ayudaba y las cortinas abiertas, menos. Me veía ridículo con una mano en el teléfono y otra en la botella. Aunque lo hubiese deseado en mis sueños, Penny no iba a llamarme... no tenía ni mi número ni conocía mi nombre completo, lo peor de todo era que si volvía a encontrarme algún día con ella, de seguro estaría tan enojada que no querría hablarme. Tarde, era demasiado tarde como para buscarla y ser fiel a mi palabra. Protegerla, llevarla a casa y asegurarme de que estaría bien.

Max, por otro lado, no se había dado ni cuenta de que me fui temprano. Maldito Martin, iba a encontrar alguna forma de demostrarle a ese desgraciado que no podía aparecer cada vez que le diera la gana.

Seguro que antes de que perdiera el conocimiento, en algún momento tuve un instante de iluminación, ya que, aunque estuve borracho como cuba, en algún momento de la noche me saqué el

esmoquin. Estaba colgado en la silla y eso era una maravilla. Odiaba llevarlo a la tintorería.

La falta de colores en mi habitación parecía tener un efecto reflectante. La maldita luz estaba proyectada sobre la muralla y retumbaba junto a los tambores en mi cabeza, tenía la boca seca y los labios partidos.

Necesitaba salir, ir a mi lugar, al único lugar que me pertenecía.

Después de una ducha de descompresión, tomé mi bolso de viaje, las llaves y salí rumbo a la viña.

En vez de entrar directo a la casa recorrí los cinco kilómetros entre el sendero y los jardines, algo que siempre me ayudaba a recuperar la concentración. A la entrada y bajo el viejo nogal, estaba el círculo de calas blancas y en el camino de la entrada la estela de margaritas que a veces utilizaba para tomar decisiones, cuando al sacar los pétalos uno a uno, en vez de la tradicional pregunta de si me quiere o no me quiere; la frase era, lo hago o no.

Había maneras más inteligentes de tomar decisiones, pero cuando no tenía ni *puta* idea de lo que estaba haciendo, las margaritas eran equivalentes a tirar una moneda al cielo. Siempre asumía las consecuencias si, en vez de cara, salía sello.

En la esquina de la casa estaba el cerezo que florecía todos los años al inicio del otoño y que me llenaba de esperanzas cada vez que lo veía con su elegante e imponente color lleno de promesas, pero que siempre se quedaba ahí, nunca había dado nada. Cada vez que estaba en su esplendor, la lluvia o el viento se llevaban las flores que deberían haberse

convertido en rojas y sensuales frutas de placer. Del mismo color que el deseo, que el vino tinto, las rosas rojas, las frutillas o... los labios de Penny, dulces y suaves.

Maldición, no podía creer que hubiera olvidado la promesa de llevarla a casa, no podía creer que Martin afectara tanto mis capacidades mentales, y, me costaba creer que pudiese convertirme en semejante idiota.

Pensé que caminar me calmaría, pero el paseo no ayudó en nada porque terminé dando vueltas en círculos por la sala con otra botella, como si fuera una mujer o una amante fiel, desperté abrazado a ella. Dos noches de resaca serían difíciles de explicar, ya que, no era mi estilo. Esperaba que la ducha y un café me permitieran llegar más presentable, el *coach* no iba a estar contento de verme en ese estado. Al final de cuentas, ese día jugaría el partido más importante de mi vida.

La alarma sonó a la hora perfecta. Si salía pronto, podría llegar al campo más temprano que los demás; me encantaba ver el amanecer desde la cancha. Estar ahí antes y escuchar el sonido del silencio, sentir el rocío, la brisa y ver las primeras luces del alba que iluminarían mi nueva vida.

Salí cuando todavía era de noche y eran pocos los coches que transitaban tan temprano. De nada me sirvió tener deseos de escuchar música, ya que la maldita radio de mi camioneta estaba averiada y había perdido la cuenta de la cantidad de veces que traté de arreglarla. El silencio era desesperante y tenía un nudo en el estómago que me dolía como si me

estuvieran estrujando las entrañas. Si no me calmaba me olvidaría de tragar y de cómo respirar. La concentración era algo que no podía darme el lujo de perder y después de pensar que había llegado a un estado de tranquilidad, me di cuenta de que seguía golpeando los dedos contra el volante.

Inhalé... aguanté... y boté el aire lentamente. Mis ejercicios de respiración siempre fueron útiles, sin embargo, estaba nervioso. Nunca me ponía nervioso antes de un partido y que lo estuviera ahora, no era un buen presagio.

Tenía ganas de abofetearme a mí mismo, debía estar concentrado al punto de poder escuchar cuencos tibetanos, pero oía los tambores de rock pesado y canciones de *Nirvana*.

Quería silencio en mi mente y, cuando logré tener ese silencio, un estruendoso y repentino ruido me dejó sordo. La luz tenue de la carretera me encandiló, me dejó ciego y de pronto todo, todo se puso negro.

Me dolía tanto la cabeza que no supe si era bueno abrir los ojos, pestañeé una vez, dos veces y no lo hice más, me dolía demasiado.

Bip.

«¿Qué es eso?».

Bip.

«¿De dónde *mierda* viene eso?».

Bip.

El dolor que tenía en el pecho apenas me dejaba respirar y las piernas... *mierda*.

«¡No puedo mover mis piernas!».

Bip.

Estaba en un maldito hospital. «¿Qué pasó?».

Encontré el botón rojo y lo apreté sin piedad, tarde o temprano, alguien tendría que llegar pronto a apagar el odioso ruido.

Bip.

—Buenos días, Alex —dijo alguien de traje verde y bata blanca, apenas pude distinguirlo porque solo veía luces y sombras.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital *Saint Jones* —respondió y revisó algo que parecía ser una ficha médica.

Miré los monitores responsables del maldito sonido y la bolsa de suero.

Bip.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Esa voz... *mierda*, el doctor Craig. No sabía si me reconfortaba o no que fuera él, no sabía si quería oír lo que fuera que tuviera que decirme.

El doctor Craig era nuestro traumatólogo y lo había sido desde que comencé en el equipo, es decir, casi toda mi vida. Apoyaba al *Club* y era nuestro médico de cabecera, conocía cada uno de mis antecedentes, mi historia y la de todos los demás.

—Tuviste un accidente. Un choque cerca de diez kilómetros de aquí; el conductor del camión perdió el control de los frenos y arrolló tu camioneta hasta sacarla del camino. Fue una suerte que resistiera el golpe, si no hubiese sido la chatarra que era no estarías aquí. Las cosas podrían haber sido mucho peores, Alex, eso debes saberlo.

Si estaba en el hospital, significaba que nunca llegué a pisar la cancha.

—Basta de cuentos, doc.

—Alex, producto del choque, tienes serios daños en tu pierna derecha. —Negó con la cabeza—. Una fractura expuesta de tibia y peroné, y, sufriste lesiones importantes en los ligamentos y meniscos.

Quería que fuera una pesadilla y estar en la dimensión desconocida. No podía respirar, tenía el corazón a mil y sentía náuseas, la habitación daba vueltas. Una máscara de oxígeno habría sido de ayuda.

«¡Mierda, mierda, mierda!, el juego...».

—Hicimos una primera cirugía, ahora tienes que estar tranquilo, solo queda esperar. —Como si hubiera llegado a la luna y me hubieran tirado en caída libre, como si me hubiera reventado en el pavimento y como si me hubieran quitado la columna vertebral. No tenía claro si tirarme el cabello, aplacaba o no el dolor, pero no podía evitarlo.

—Doc., dígame... ¿Voy a volver a jugar?

—Probablemente, si consideramos que eres el idiota más determinado que he conocido. —Sonrió con los ojos—. No tengo dudas de que, con lo empecinado que eres, no te detendrás, sino hasta estar de vuelta en la cancha.

Cerré los ojos, todavía necesitaba entender, era como si un tren me hubiera pasado por encima y sentía en la piel el efecto de cada vagón aplastándome. Traté de moverme... no pude. La cama estaba reclinada, mis piernas con medias anti embolias y en alto.

—No es la primera ni la última vez que te fracturas un hueso, así que conoces lo que viene. Ahora, esta vez el proceso será un poco más largo porque los daños son mayores, pero si haces las cosas bien no debería haber problemas —hizo una pausa—, ahora, para lograrlo, deberás seguir instrucciones..., al menos por una vez en tu vida.

Fracturas ocurrían todos los días, cortes de ligamentos también, rugbistas, futbolistas y miles de otros jugadores sufrían de esas lesiones y yo no iba a ser la excepción.

—Por ahora no tienes dolor porque estás con analgésicos y antibióticos por vía endovenosa, y con morfina en *PCA*², —indicó hacia el botón que estaba a mi izquierda y que parecía venir de una vía directamente desde mi pierna—. Con eso puedes liberar una dosis en forma local y sin la intervención del personal. Mañana por la mañana llevaremos a cabo una segunda cirugía de reconstrucción —continuó— y volveremos al manejo del dolor. Una vez que pase lo crítico, cambiaremos a analgésicos más suaves e iremos disminuyendo la dosis paulatinamente, la idea es que no sufras más de la cuenta. Pasarán algunos días antes de que puedas levantarte, pero apenas lo hagas, comenzaremos con la terapia de rehabilitación.

Encontré el otro botón, el blanco. Lo apreté dos veces y sentí alivio inmediato porque la morfina también apaciguó mi confusión y mi ira. Cuando el

² PCA, sistema que inyecta morfina en forma local.

doctor Craig me vio, negando con la cabeza, me dijo que debía hacerlo no más de una vez cada tres horas. Como si me importara, no pensaba estar mirando el maldito reloj. No quería estar ahí, no quería estar despierto, ni siquiera deseaba sentir mi cuerpo. Apreté el botón una vez más. Una de las maravillas de la morfina era que no solo quitaba el dolor, sino que también la consciencia.

A pesar del reflejo del sol, la habitación se oscureció y se apagó como la pantalla de un televisor.

Bip.

Bip.

Bip.

El aroma a antisépticos me pegó fuerte y me trajo de vuelta a la realidad, esperaba despertar en mi cama y que todo fuera un mal sueño, pero el semblante del doctor Craig estaba fresco en mi memoria, sus palabras habían sido concretas y lapidarias.

Cerré los ojos, había oscuridad absoluta no solo en la habitación, sino que también en mis pensamientos, la oscuridad se había apoderado de todo, de mi futuro y también de mi destino.

—Alex —escuché a Max que parecía estar a mi lado.

No supe en qué momento entró ni mucho menos cuánto tiempo llevaba ahí. Tenía el ceño fruncido, estaba enojado. Cassandra, su mujer, se encontraba al fondo de la habitación y tenía los ojos rojos y vidriosos.

—Hola, viejo.

—Eres un idiota, nos has dado un tremendo susto. ¿Qué *mierda* hacías en la carretera en medio

de la noche? Hoy fue el partido para la selección.
¡¿Dónde estabas?!

—Venía de vuelta de la viña —respondí con tranquilidad, ya que no pretendía empezar con absurdas explicaciones.

—Te llamé mil veces después de la gala cuando me di cuenta de que no estabas. Tommy y Jonah me dijeron que saliste después de que saludaste a Martin —hizo una pausa— y a Rebe.

Rebecca, sí, cuando saludé a Rebecca. Cuando me enteré de que el hombre con quien me había engañado no era ni más ni menos que mi hermano y que, el muy infeliz, estaba haciendo inventario de las propiedades de la familia.

—Alex, estábamos esperando en el *Club* para verte jugar y a la mitad del partido me llamaron del hospital —hizo una pausa—, apenas llegamos el doctor Craig nos dijo lo que había sucedido.

Max parecía una bestia o al menos gritaba como una. Podía ver en su rostro las huellas de la rabia, del miedo y la desilusión. En mi ficha médica, era él quien figuraba como contacto de emergencia y no alguien de mi familia; aunque después de tantos años, eso no era relevante.

—¿Alex? —dijo Rodda cuando tocó la puerta, media hora después.

—*Coach.*

—¿Cómo te sientes?

—Tal como me veo —tenía claras mis condiciones, me dolían los huesos, podía distinguir algunos moretones en mis brazos, sentía el corte en la ceja y ni siquiera me había cruzado con un espejo.

—Estarás bien, estoy seguro. Las fracturas...

—No se preocupe *coach*, el doctor Craig dijo que las cirugías salieron bien y que me recuperaré con terapia y rehabilitación, ya verá que estaré en la cancha en menos tiempo de lo que espera.

—Lo sé.

—*Coach*, ¿qué pasó en el partido?

—Ganamos.

—¿Y Pearson?

—Seleccionó a Pete.

Pete. Claro, Pete era la otra opción.

No era tan idiota y no me sorprendían sus palabras, la realidad era simple y evidente, había perdido la oportunidad de mi vida.

CAPÍTULO 3

Penélope

Nueve años son los que se necesitan para tener una especialidad.

Quinta generación de médicos de la familia, todos de gran trayectoria y la mayoría famosos por sus estudios en diferentes campos.

Desde mi padre y así hasta llegar a mi támara támara abuelo. Claro que ser la primera mujer en seguir la tradición, había hecho que mi abuelo diera un grito en el cielo cuando se enteró de mis planes universitarios.

Si no hubiese sido por el apoyo de mi padre, me habría convencido de ser enfermera o dentista.

Cuando entré a la facultad de medicina, mis padres estaban felices, yo estaba feliz y después mi novio, fue otro de los que estaban felices. Con el tiempo, Sam y yo nos dimos cuenta de que, tras tantas horas de estudio, hacíamos una buena pareja, lo que ayudaba a que nuestras notas fueran sobresalientes.

Lo conocí cuando estábamos en segundo año en una fiesta. Sabía que no era el mejor lugar, pero cuando lo vi estuve segura de que la suerte había tocado mi puerta. Mi corazón se detuvo cuando lo vi rodeado de chicas guapas buscando llamar su atención y él, en vez de quedarse en ellas, se detuvo a mirarme con los ojos fijos y una expresión llena de promesas.

Primero pensé que se había equivocado, que había poca luz en el salón, que había alguien atrás y, al no ver a nadie, demoré en darme cuenta de que esa sonrisa era para mí.

Creía que era una señal del destino que me obligaba a aceptar que debía seguir la corriente y abrirme a lo que estaba poniendo frente a mí.

Después de esa mirada paralizante, el primer signo de esta señal del destino había sido que me encontraba con él en todos lados de la facultad y, en mi condición de mujer independiente y empoderada, no tuve dudas de que debía ser yo quien diera el primer paso. Me acerqué un día para invitarlo a tomar un café y fue suficiente, suficiente como para que aparecieran chispas y electricidad por todos lados.

Ese hombre había dado vuelta mi mundo; culto, educado, sensible, atento y romántico. Un perfecto diez, hacía que me encontrara en el séptimo cielo porque, reconozcámoslo, a qué más podía aspirar alguien como yo, con un cuerpo plano, ojos marrones y cabello enmarañado. Yo no era una belleza y tenerlo a mi lado, trabajando codo a codo todos los días y juntos en la cama todas las noches, era más de lo que podría tener siendo yo una cuatro ojos y ratón de biblioteca. Nunca me pidió nada, excepto que me quitara los anteojos y empecé a usar lentes de contacto por primera vez en mi vida, aunque cada vez que me los ponía terminaba con los ojos cansados e irritados.

Ya habíamos comenzado nuestro tercer año de carrera cuando nos fuimos a vivir juntos. Intensas jornadas de anatomía acompañadas de exámenes de

biología molecular y semiología para terminar con *quickies* de química general.

Después de siete años de estudios de medicina, cuatro viviendo juntos e interminables noches sin dormir, preparando ensayos o estudiando para los exámenes, la chispa del principio ya no era la misma, pero compensé, trabajé duro para que nuestras notas siguieran siendo las mejores y compartíamos parte de la gloria de ser los primeros de la clase y de la generación.

Al finalizar la carrera, postulamos a varios hospitales, yo quedé en *Saint Jones* y él entró directo al hospital Central, el más prestigioso de todos. Aun sabiendo que no trabajaríamos en el mismo lugar estábamos felices, o al menos era lo que yo creía. Cuando egresamos y antes de empezar en el hospital me di cuenta de que era yo la que hacía todo, Sam había dejado de hacer su parte y sacaba provecho de mis horas de desvelo, insomnio y agotamiento. Nunca supe cuándo comenzó a aprovecharse de mi esfuerzo porque estaba enamorada, era tonta y seguía dispuesta a todo.

¡Claro!, todo hasta que supe que estaba haciendo el internado, la residencia y turnos en la casa de la doctora Symonds.

La traición de Sam fue suficiente como para que dejara de creer en el destino y entendí que lo único importante era la pura, honesta y brutal realidad. Con eso, cerré el capítulo del amor en mi vida y nunca miré atrás.

Desde entonces y cuando comencé a trabajar en *Saint Jones*, mi vida se redujo a visitar pacientes el día entero, llegar en cuatro patas a mi casa, meterme

en la bañera con una copa de vino y alguna novela romántica que podía dejarme despierta hasta tarde. Muchas veces, estas se convertían en las enemigas en mis intentos por mantener una buena higiene de sueño y que, cuando se ponían calientes, me dejaban excitada y frecuentemente frustrada. Era en esos momentos en que recordaba que Sam había sido el primero, el único y el último.

Estaba segura de que lo había dejado atrás, de que me había desprendido del dolor de la traición y había seguido adelante, pero el tiempo dio su veredicto y... me demostró cuánto me había equivocado.

Me daban pánico las relaciones, me generaba angustia solo pensar en acercarme a alguien o dejar que alguien se acercara. La realidad es que el destino no existe, es un invento de los soñadores para dar explicación a sus anhelos y a las cosas que les suceden y que son difíciles de entender. Como si le pudieran encontrar la quinta pata al gato o hilaran fino, en la búsqueda incesante de un argumento más para justificar cosas que generalmente no tienen sentido.

Sam estuvo conmigo todos esos años porque era estudiosa, porque era competitiva, porque no dejaba cosas al azar, porque era constante, ciega e idiota.

Era la hija de mi padre y estar conmigo le daba prestigio. Eso fue lo único que lo unió a mí, su interés por ser importante y asegurarse un puesto en las esferas más altas.

Después de él, lo cerré todo, las oportunidades, las citas, las invitaciones, todo. Me enfoqué en mi carrera, si alguna vez sucedía y conocía a alguien que

estuviera dispuesto a decir la verdad y dispuesto a quererme tal cual era, obsesiva y controladora, llegaría sin que yo lo llamara. Debía ser alguien inteligente y desafiante, que de verdad me quisiera como para derribar mis murallas y ayudarme a perder el miedo. Conocía bien mis defectos, después de él, no me quedó más que mirarme al espejo y ser honesta conmigo misma. Había hecho el duelo y me había conformado con la realidad.

Mi carrera era lo único importante en mi vida. Mis pacientes, el hospital, había pasado todos los exámenes con honores, me había convertido en médico residente y me habían asignado de manera oficial a mi primer paciente.

El internado fue una pesadilla con el doctor Craig, que se dedicó a darme lecciones sobre medicina y como había sido estudiante de mi padre, no escatimó en darme también, cátedras sobre la vida. A veces parecía castigo cuando hacíamos las rondas juntos para ver el estado de los pacientes, tan exigente que solía pedirnos que hiciéramos los diagnósticos sin la ficha médica y casi sin siquiera examinarlos. Duro de cabeza, le hacía honor a su apellido escocés.

—Doctora Sharpe, la ficha médica del señor Bennett está en la estación de enfermería. Ha sufrido un accidente automovilístico y tuvo una fractura expuesta de tibia y peroné, además se cortó los ligamentos y tiene rotos los meniscos de la rodilla derecha.

—¿Qué edad tiene?

—Veintinueve años.

—Y, ¿su estado de salud en general?

—Excelente, es jugador de rugby profesional.

—¿Cuántos días lleva aquí y cuánto más cree usted que deberá permanecer hospitalizado?

—Cuatro. Lo recibimos el domingo por la madrugada. Se le han practicado dos cirugías reconstructivas y creemos que no será necesaria una tercera. La recuperación postquirúrgica está siendo compleja, aun cuando sus umbrales del dolor son muy altos. Por el momento está con antibióticos y analgésicos por vía venosa y morfina con PCA, la dosis es alta, pero no estoy seguro de que sea suficiente. Lo más importante por ahora es el tratamiento del dolor. Una vez que podamos quitarle la morfina y bajar la dosis de analgésicos, deberá comenzar con su terapia física. —El doctor Craig había dicho todo mirándome a los ojos como si conociera el caso de cerca y supiera todos los antecedentes de memoria.

—Doctora Sharpe, el señor Bennett podría haberse pulverizado los huesos o peor, de no ser por la estructura firme de la camioneta en que viajaba, podría haber muerto. Es hora de que vaya a verlo.

Fue información suficiente, el doctor Craig era el mejor en nuestra especialidad y nunca lo había visto cometer un error.

—¿Doctora Sharpe? —dijo él antes de que llegara a la puerta.

—¿Sí?

—Tenga paciencia. —Por un milisegundo me pareció ver una sonrisa en su rostro.

Una de las cosas que el doctor Craig me repetía una y otra vez, era que la empatía y la paciencia hacían toda la diferencia entre un buen y un mal médico. Gracias a él aprendí a sobrevivir. Su insistencia constante me obligó a practicar *mindfulness*, yoga y recitar mantras cada vez que me sentía al borde, ya que correr cinco kilómetros por día a veces no era suficiente.

La gente cree que ser paciente es tan fácil como decir, «ten paciencia». Cualquiera que pensara eso, para mí, iba directamente a la categoría de idiota.

En la profesión médica, lo primero que hay que hacer es pensar en los pacientes lo que es irónico. Estaba segura de que ninguno deseaba serlo, porque en el fondo nadie es paciente... al menos, siempre fui capaz de reconocer que yo no lo era.

Según la RAE, la paciencia era: tolerar desgracias y adversidades sin quejarse y no rebelarse. «¿Es broma?».

La ficha del señor Bennett incluía, no solo las fracturas de tibia y peroné, los cortes en ligamentos y meniscos; sino que también un listado extra de lesiones y algunas de ellas anotadas desde que tenía ocho años. Clavícula, nariz, húmero, varios esguinces, dos costillas; la lista era impresionante. Al parecer, ese hombre se había quebrado casi todos los huesos del cuerpo.

—No se permiten las visitas —escuché una voz grave cuando abrí la puerta de su habitación.

Las cortinas estaban cerradas, las únicas luces que había eran las de los monitores de presión y ritmo cardíaco, y el frío que hacía ahí dentro resaltaba el aroma antiséptico del hospital.

—Buenas tardes, señor Bennett, soy la doctora Penélope Sharpe.

Silencio.

—¿Señor Bennett?

—Doctora Sharpe —respondió después de lo que pareció ser una eternidad. Su voz era de barítono y su tono sarcástico.

—Señor Bennett, el doctor Craig, me ha hecho el traspaso de su caso, por lo que, en adelante, seré su médico de cabecera y supervisaré personalmente su terapia y rehabilitación.

—No lo haga —le oí tosco en el momento en que me acerqué a la ventana y quise abrir una de las cortinas.

—Señor Bennett, necesito examinarlo, es parte del protocolo.

—Adelante, pero no se atreva a prender la luz.

—Pero... no podré ver nada.

—Entonces no lo haga. —Enrollé los ojos, inspiré, aguanté, boté e inhalé nuevamente.

La *Tablet* donde estaba su historial tenía suficiente brillo como para anotar los datos.

La situación era ridícula. ¿Por qué demonios estaba pensando en hacer lo que decía? No podría ver su reacción a los estímulos si no me dejaba prender la luz, era absurdo pedirle que me diera autorización para acercarme, la doctora era yo, pero era necesario tener el consentimiento del paciente para esas cosas y era francamente enervante.

—¿Le duele la cabeza, señor Bennett?... ¿Señor Bennett? Si no me deja abrir las cortinas prenderé la

luz. —insistí segura de que el tono de mi voz sería suficiente.

—Si prende la luz, no solo no le gustará lo que vea, sino que también tendrá que ser ingeniosa para arreglárselas y examinarme sin mi cooperación.

«¡Tenga paciencia, doctora Sharpe!», las palabras del doctor Craig de nuevo en mi cabeza.

Maldito, imbécil, ¿cómo podía tener paciencia con un idiota que no se dejaba examinar?... «Sé tolerante y no te olvides de respirar».

—Señor Bennett, ¿está con dolor? Déjeme revisar la dosis de analgésicos para ver si es suficiente.

—Apreté los labios y los dientes.

—Doctora Sharpe, ha sido muy gentil por su visita, pero de usted solo necesito una orden para otra dosis de morfina. —¿Qué se creía, me estaba despachando?

—No, no si no me deja prender la luz y examinarlo. —No iba a dejarlo pasar.

—Está bien doctora. —Respiré...

No iba a hablar con el doctor Craig, sería humillante, no podía decirle que ni siquiera había logrado examinar a mi primer paciente porque no me dejó prender la luz.

—Muy bien señor Bennett, como usted quiera.

—Tal vez un tono más firme haría que ese idiota cambiara de actitud y al menos me dejaría abrir la cortina.

—Gracias por su visita, doctora Sharpe.

Alex

No ayudaba en nada que entraran a revisarme a cada hora. El paseo interminable de enfermeras y ayudantes era más de lo que mi estado de ánimo estaba en condiciones de aceptar y soportar. Las idas y venidas, las anotaciones y controles. Las luces apagadas me apartaban al menos de las miradas curiosas, lastimeras y por, sobre todo, patéticas.

El doctor Craig fue visionario. Ya que me conocía muy bien, supuse que traspasar mi caso había sido una buena idea... o al menos eso pensé en un principio. Estaba dispuesto a gritarle a cualquiera que se atreviera a cruzar la puerta. Lo que no me cerraba en la lógica, era que se lo hubiera pasado a una doctora con cara de ratón asustado, dotes de superioridad y actitud de puma.

No era mi problema, allá él. Me bastaba con sonreír como idiota cada vez que venían mis amigos, así que esa insistente y mandona de cuatro ojos recibiría lo que quedara, al final de cuentas, ese era su trabajo.

Me dolía hasta el alma y me preguntaba si necesitaba más morfina, ¿era broma o no sabía lo que estaba haciendo?

Ya era más que vergonzoso tener que pedirles a las enfermeras que me ayudaran con el baño y no, en absoluto no, no me refería a la ducha.

No sabía qué me dolía más, si la maldita pierna o mi *jodida* dignidad.

—¿Alex? —escuché la voz de Rodda.

—Adelante, *coach*. —Se acercó a la cortina y la abrió de par en par.

Definitivamente, me iba a quedar ciego, había logrado sobornar a la enfermera con una sonrisa y ahuyentar a la doctorcita con un ladrido para que me dejaran tranquilo y a oscuras.

—No te veo —dijo el *coach*, con esos ojos que había usado por años y que siempre parecían ser una amenaza.

—Lo siento, estoy cansado y me duele la cabeza —mentí, exasperado por tener que dar explicaciones.

—Lo lamento, Alex, quiero que sepas que el equipo completo te extraña.

—¿También Pete? —Había veneno corriendo por mis venas y no solo fluía sarcasmo.

Respiré profundo, los resultados del maldito accidente habían dañado más allá que mi rodilla, me habían quitado, también, la oportunidad más grande de mi vida.

Podía imaginar a Pete estrechando la mano del *coach* Pearson con su sonrisa cínica y, aun cuando sabía que si se esforzaba podía ser un buen jugador, no dejaba de ser un idiota.

No era envidia, era rabia, frustración por mi propia estupidez, si no hubiera huido de la gala, nada de eso habría pasado.

Después de todo, había sido yo el imbécil que no llegó a la cancha.

—Pete —el *coach* hizo una pausa— se está preparando para viajar.

—¿Cuándo se va?

—La próxima semana. —Me froté los ojos, abrir la boca era fácil y estaba seguro de que las estupideces no demorarían en brotar como si fueran maleza. Apretar los dientes y callarme era sin dudas más prudente. El *coach* hacía un recorrido con la mirada, desde la ventana al suelo y del suelo a mis ojos. Suspiraba y en su rostro veía preocupación y no... no quería lástima en la cara de nadie.

—*Coach*, no me siento muy bien, ¿podría cerrar las cortinas? Me duele todo y quiero dormir. —Rodda me miró, oí como contuvo la respiración y las palabras, se detuvo por más tiempo del necesario, cerró las cortinas y se fue.

Apreté el botón de la morfina, sabía que, al menos con eso, lograría algo de paz.

«¿Qué pasa? Nada... no pasa nada ¿Qué le pasa a esta *mierda* que no funciona?... ¿Se acabó?»

Me volví loco apretando el maldito botón para llamar a la enfermera y al cabo de diez minutos, nada. Apreté por minutos que parecieron una eternidad y nada.

CAPÍTULO 4

Penélope



Doctora Sharpe! —Una de las

enfermeras me llamaba a gritos desde el otro lado del pasillo. Era joven y acababa de incorporarse al equipo del hospital—. ¡Doctora Sharpe!

Desde niña soñé con el día en que por fin me llamarían así. En mis años en la facultad, sonreía cada vez que alguno de nuestros profesores me decía «doctora»; me imaginaba con la bata blanca y mi nombre bordado en azul en el bolsillo. No fueron años fáciles, en esta especialidad siempre ha habido más hombres que mujeres. Lidiar con los favoritismos y perder puntos por ser quien era, había sido una gran prueba.

—¡Doctora Sharpe! —Los gritos me volvieron a la realidad con la misma fuerza con la que ella tomó de mi brazo—. ¡Es el señor Bennett!

Corrí por el pasillo sin poner atención al letrero amarillo que decía “Cuidado”.

El hombre no me había dejado examinarlo y ahora estaba teniendo alguna clase de ataque. Maldito.

El escenario era el mismo. Luz apagada, ningún reflejo excepto los monitores y el inconfundible sonido del bip.

—¿Acaso no sabe golpear la puerta doctora Sharpe? —Me acordé del doctor Craig.

—Señor Bennett, la enfermera ha dicho que me necesita.

—No doctora, le han informado mal.

—¿Entonces?

—¿Es que nadie en este hospital entiende? Le dije a la enfermera que necesitaba más morfina. ¿Por qué no le dice al doctor Craig que vuelva? Él es el único que sabe lo que necesitan sus pacientes.

¿Me sentí ofendida? Sí, ¿le iba a decir algo al doctor Craig? Por ningún motivo.

No pensaba darle el gusto en todo, pero tampoco iba a comenzar mi carrera en solitario pidiéndole ayuda desesperada a mi jefe para controlar el mal carácter de mi paciente. Nop, no era una opción.

Encontraría una forma de mantener su dolor al mínimo, aunque tuviera que revisar todas mis notas.

—Señor Bennett, ¿cuándo fue la última vez que aplicó analgésicos?

—No lo sé, ¡esta maldita cosa no funciona hace horas! —Revisé su monitor de presión y le dije que volvería en unos minutos.

En la estación, la enfermera me miraba con cara interrogante.

—¿Qué carajo pasó con Bennett que fue corriendo a buscarme? —le pregunté y ya era tarde cuando me di cuenta de que había alzado la voz.

«Lenguaje, tono... ten cuidado, respira».

—Perdón, doctora Sharpe, pero él comenzó a tocar el botón de enfermería sin parar y cuando fui a verlo, prendí la luz y me dijo que iba a llamar a seguridad si no la apagaba de inmediato. Cuando le pregunté qué necesitaba, pidió más morfina y por eso fui a buscarla. —Tenía la cara pálida, seguro que le había dado un susto del demonio.

—Señor Bennett —le dije cuando entré de nuevo a su habitación— su ficha indica que le aplicaron la última dosis de morfina a las nueve y eso debería durarle al menos doce horas, además las bombas tienen una válvula de seguridad que regula cuántas veces puede ser aplicado el medicamento en cierto período de tiempo.

—Doctora Sharpe, esta maldita cosa está mala, desde hace más de una hora estoy pidiendo ayuda y usted... ¿Viene a decirme que la ficha dice que debo esperar hasta mañana? —Respiré profundo y prendí la luz, era la única forma que tenía para ver lo que estaba pasando. Debía concederle el beneficio de la duda, en el último mes se habían averiado al menos diez bombas.

Revisé los antecedentes de la ficha y luego lo miré... era él. El que me salvó de mí misma, me dio el beso más sublime que había recibido en la vida

para después abandonarme a mi suerte, y todo en la misma noche. El mismo imbécil que me bañó con agua fría y que me dejó sola, ¡sola!, en bata y pantuflas.

Alex... era... el señor Bennett, mi primer paciente. Rubio y con el mentón cuadrado, de ojos azules tan oscuros que parecían zafiros y en el rostro la sombra de una barba incipiente. Con el cabello enmarañado y la camisa blanca de hospital desabrochada que dejaba al descubierto el bronceado de su piel y los magníficos que eran sus bíceps y deltoides, era tan... muscular y perfecto. No necesitaba ver más para imaginar sus pectorales, todavía tenía la sensación en la yema de los dedos de cuando lo había tocado sobre su chaqueta y me abrazó en uno de los peores días de mi vida, haciéndome sentir mejor y tranquila; pero de la misma manera me había demostrado ser uno más de los imbéciles que andaban sueltos por ahí. Si los idiotas volaran, no podríamos ver el sol.

Como si no supiera cómo hacerlo, pestañeó un par de veces antes de dirigirse a mí y cuando lo hizo vi un doble clic en sus ojos.

Había querido encontrarme de nuevo con él para decirle un par de verdades, pero que estuviera ahí, lo único que hacía era gatillar en mi mente un listado de al menos diez preguntas.

Preguntas e indignación. Era tan...

«¿Qué es eso?»

Sus ojeras eran las más oscuras que había visto en mi vida y su rostro no era ni la sombra de cómo lo

había conocido, no se veía como el Dios griego que era.

—¿Penny?... ¿eres tú?

«Respira... No de nuevo...»

—Soy la doctora Sharpe, señor Bennett. —Me miraba con ternura y en mí había una mezcla de sensaciones tan intensas, que no era capaz siquiera de listar una. Se me enrojecieron las mejillas al verlo y recordar cómo se sintieron sus labios, sus brazos alrededor de mi cuerpo, pero al mismo tiempo tenía tanta ira que estaba a punto de mandarlo a la *mierda*, dejar que se muriera de dolor y aclararle que por ningún motivo podía llamarme Penny. Perdió ese privilegio en el momento en que cruzó la puerta para no regresar. ¿Qué se creía? Que era tan idiota como para olvidar lo que hizo o, ¿tan frágil como para dejarlo pasar? La desilusión había sido la primera de mis emociones, pero fue reemplazada rápidamente por rabia. Tuve rabia aquella noche, habían pasado días y todavía sentía rabia.

—Oh, Penny, si hubiese sabido dónde encontrarte, te habría buscado para decirte lo que pasó en la gala. Lo siento mucho.

—Señor Bennett, no hay ninguna explicación que dar, ahora por favor, déjeme examinarlo.

—Entiendo que estés enojada conmigo, sobre todo esa noche después de haberme ofrecido a llevarte a casa e irme sin decir por qué. Sucedió algo inesperado y...

—Señor Bennett, no me importan sus explicaciones. Soy su médico y usted es mi paciente.

Que nos hayamos conocido antes fue una casualidad y punto. Soy la doctora Sharpe y ahora, déjeme examinarlo. —Me tiritaban las manos.

—¿Me dejarías al menos contarte lo que pasó?

—No.

¿Qué más podía responder? Sí, me habría gustado saber por qué carajo me dejó sola, pero me habría gustado saberlo en ese momento, ese día, esa misma noche. Pero ahora que la situación había cambiado no podía darme ese lujo. Mantener la distancia era necesario, sin importar cuán desesperada hubiese estado por conocer la respuesta o cuánto quisiera volver a deshacerme en sus brazos.

No, ya no podía preguntar, mucho menos al saber que era mi paciente.

—¿Penny?

—Soy la doctora Sharpe. Solo mi familia y mis amigos me dicen así y usted, señor Bennett, no es ninguno de los dos. Así que le pido por favor, que se olvide de aquello.

—¿De verdad?

—Por favor, tomé aire por la nariz —le dije cuando puse en su pecho el estetoscopio— aguante... bote por la boca.

Lo hizo, pero no me sacó los ojos de encima en ningún momento. Estaba pesándome, evaluándome. Cubrió mi mano con la suya y sentí que desaparecía entre sus dedos. Comencé a transpirar cuando me miró sin pudor ni disimulo.

—¿Así que usted será mi médico de cabecera doctora Sharpe? —No soltó mi mano, por el

contrario, llevó sus labios directo mi muñeca. La besó y la sensación fue una de las cosas más perturbadoras que había tenido.

—Señor Bennett, por favor, mi mano. — Necesitaba dejar de temblar y recuperar mis extremidades de entre las tuyas. —Y sí, yo estaré a cargo de su caso. —le dije firme, debía recobrar el control de la situación.

—¿Quieres saber lo que pasó?

—Revisé su ficha médica señor Bennett, tengo muy claro qué es lo que le sucedió y que ha pasado con usted desde que ingresó al hospital en la madrugada del domingo; menos de treinta y seis horas después de la gala.

Debí haberme mordido la lengua. No quería sacarle en cara nada respecto a esa noche, pero seguía con la habilidad de hablar antes de pensar lo que estaba diciendo.

«¡Fantástico, lo hice otra vez!».

Cuando llegó la mucama con mi vestido y mi móvil, y me explicó que se había ido, pensé que era una broma, hasta que me vi sola y todavía mojada. Fue muy gentil cuando me ofreció que uno de los coches del hotel me llevara a casa, pero estaba tan enojada que el conductor del *Uber* recibió toda mi ira.

—Penny, no tengo ganas de convertirme en un cretino, pero me lo estás poniendo difícil... ahora, si así prefieres, así jugaremos, doctora Sharpe. Necesito otra dosis de morfina. —me dijo serio, apagado, tenía hinchada una de las venas del cuello y los puños apretados.

—Señor Bennett, ya le expliqué que la dosis es limitada y depende de...

—No me interesa de qué depende Sharpe, me tienes a tu merced y te estoy diciendo que necesito más. ¿Qué parte no entiendes?

«¿Cómo pasó de ser gentil a un bruto en cuestión de segundos?»

Alex

De los mil lugares en los que imaginé que podía encontrarme con ella, el hospital nunca estuvo ni cerca. Su actitud en modo doctora era impresionante, era otra persona. La mujer que yo había creído frágil no era más que una insidiosa con aires de grandeza.

No sabía si estaba actuando así porque se había dado cuenta de que su paciente era yo o porque no sabía qué demonios estaba haciendo. El dolor me estaba llevando al borde. Dos cirugías en menos de veinticuatro horas habían sido suficientes como para dejarme agotado. Era bueno soportando el dolor, pero había llegado al límite. Estuve a punto de gritar y me comí todas las palabras cuando la vi parada frente a mí. La doctora Sharpe, con sus ojos marrón del color de las nueces, el cabello castaño claro brillante y sedoso, con algunas pecas escondidas tras sus gafas y que tenía esos labios perfectos en forma de corazón, era una mentirosa igual que todas las demás. Se aprovechó al encontrarme desprevenido para correr a mis brazos y deshacerse con mis besos.

Ahora, en una posición de autoridad, me hablaba con desprecio. Sí, me había comportado como un imbécil por no haber recordado ir por ella, pero ¿esto? No iba a permitir que me tratara como si fuera un idiota más.

Estuve tentado a quitarle los anteojos e investigar lo que había tras ellos cuando sostuve su mano y tomé por asalto su muñeca.

No supe cuántos minutos pasaron desde que le pedí la dosis de analgésicos hasta que llegaron porque me desmayé antes, el dolor me estaba matando.

La doctora Sharpe no tenía nada que ver con la mujer del vestido azul de la gala. La doctora Sharpe era dura, tosca y no tenía ninguna intención de escuchar lo que fuera que quisiera decir, independiente de si era una explicación por aquella noche o sobre el dolor que tenía.

Cuando volví a tener consciencia de dónde estaba, la luz era tenue. La doctora... Penny, de seguro, había logrado ajustarla para quedarse; tenía una *Tablet* en sus manos y leía. Con el ceño fruncido y las piernas cruzadas, deslizaba los dedos por la pantalla y pestañeaba aletargada.

Si estiraba uno de mis brazos habría podido soltarle el cabello y ver cómo caía por sus hombros. Estaba drogado, pero no tanto como para no estar consciente de su presencia.

Me mantuve en silencio y con la respiración estable, no quería que se diera cuenta de que la estaba mirando. La forma en que sostenía la *Tablet* era floja, su posición en la silla había cambiado y relajaba su expresión, se estaba quedando dormida. Había, a su lado, un carrito donde estaba la bolsa de suero con morfina que habían reemplazado, además de una variedad de pastillas.

Su expresión ahora laxa revelaba una piel perfecta. Tenía los labios entreabiertos y clamaban por besos.

Seguramente, mientras estuve desmayado, me aplicaron alguna otra dosis de analgésicos porque ya no sentía dolor; en realidad, no sentía nada desde la cadera a los pies.

Apoyé la cabeza en uno de mis brazos y miré el techo, era poco lo que podía hacer en esa situación. Inmóvil y con Penny a centímetros de mí, habría dado cualquier cosa para perderme de nuevo en sus labios.

Escuché un golpe contra el suelo y vi el salto que dio cuando despertó.

—¡*Mierda!* —dijo con un susurro. Contuve las ganas de reír porque intuí que no le parecería gracioso.

—Doctora Sharpe, ¿es esa la forma de despertar a un paciente? ¿No le parece suficiente haber prendido la luz? —Cizaña, ese ingrediente fue el que le agregué a mi voz. Si ella quería jugar a que éramos desconocidos, no tenía problemas. Retroceder de novios a extraños en minutos no debía sorprenderme, aunque deseaba que las cosas se hubiesen mantenido tal y como la última vez que nos vimos... exceptuando la parte donde aparecía Martín en mi vida.

—Señor Bennett, disculpe, iré a buscar ayuda.
—Salió disparada de la silla y de la habitación. Cuando se volvió a abrir la puerta, en vez de su rostro, vi el de una señora con pala y escoba, que después de barrer, pasó el traperero dejando tras de sí una estela de aroma a amoníaco.

Penélope

Tuve que hacer magia, tuve que disimular el susto que me dio el sonido de la *Tablet* cuando cayó al suelo y se trizó la pantalla. No iba a preocuparme, por eso, necesitaba salir rápido de la habitación para escapar del escrutinio de Alex. Sentía en el estómago la certeza de que estaba buscando alguna razón para molestarme o sacarme de mis casillas. Haberle hablado de esa manera para mostrarle quién estaba a cargo no le había gustado, pero sus ojos, sus ojos me perforaban cada vez que me miraba y me aterrorizaba, darle razones para burlarse, darle opciones para que recordara las condiciones en que nos habíamos conocido.

Que hubiese tenido problemas la noche de la gala no era asunto mío, pero que me hubiera dejado en bata y pantuflas en la habitación de ese hotel fue imperdonable, ya que logró que me sintiera abandonada. Efectivamente, no tenía obligaciones conmigo, pero después de haberme ayudado a enfrentar a Sam, y, aunque me sacó del ataque de pánico con agua fría, lo mínimo que debió haber hecho era ayudarme a recuperar el vestido. Sí, me causó curiosidad y esos besos hechiceros habían sido desconcertantes; pero se me pasó todo el encanto esa misma noche, a pesar de que lo que le pasó a mi cuerpo al sostenerme entre sus brazos fue tan, tan intenso, que no pude sacarlo de mi cabeza, no pude olvidarme de la sensación y me tiritaban las piernas cada vez que recordaba esa noche.

—¿Doctora Sharpe? —escuché mi nombre desde el otro lado del pasillo.

—Doctor Craig, ¡buenas noches!

—¿Qué está haciendo aquí a esta hora? Su turno terminaba a las nueve, ¿no es verdad?

—Sí, pero hemos tenido un inconveniente con el señor Bennett y me he quedado para monitorear su evolución.

—¿Qué pasa con Alex?

—Asustó a una de las enfermeras y no dejó de quejarse hasta que no le dimos una nueva dosis de analgésicos. Creo que está con mucho dolor, pero se niega a darme más información —respondí, estaba sosteniendo el aire y rogaba recordar cómo llevarlo de vuelta a mis pulmones.

El doctor Craig se cruzó de brazos y me miró exasperado.

—Doctora Sharpe, le recomiendo que intente que Alex se quede tranquilo. Mañana junto al terapeuta deberá evaluar cuándo podrán sacarlo de la cama; pero si sigue con morfina tendrá que esperar más días de lo que estaba planificado. Le haremos otros exámenes para ver cómo va su evolución, pero me parece que habrá que extender su estadía en el hospital y estoy seguro de que eso no le gustará en lo más mínimo.

Estaba de acuerdo con los exámenes, al menos sabría por qué los analgésicos no estaban haciendo el efecto esperado, aunque tenía claro que eso no iba a erradicar el problema.

Cada vez que lo miraba, había una disociación. LNDD (La Noche Del Desastre) venía a mi mente cada vez que hacía u oía algo relacionado con él.

Me sentía exhausta, debía encontrar la sala de descanso, ya que era el único lugar donde podía esconderme, y, necesitaba esconderme. Las dieciséis horas de turno y la conversación con el doctor me dejaron alerta, agotaron mis neuronas y la visión de Alex terminó de freírme el cerebro.

Antes de encerrarme le pedí a la enfermera que me consiguiera otra *Tablet* y no le di ese específico detalle a mi jefe, porque me parecía más digno hacer como si nada. Ya había metido la pata diciéndole que había tenido problemas con nuestro paciente.

La ducha me despertó, pero no fue suficiente porque tuve que agregar una bebida energética y un café.

—Doctora Sharpe, buenos días.

—Buenos días, ¿llegó la nueva *Tablet* que pedí?
—le pregunté a la enfermera que estaba de turno.

—Sí, el doctor Craig tuvo que firmar la recepción de la compra.

«*Mierda*, ahí va la discreción de mis pequeños errores».

Fui directo a la habitación de Alex con la precaución de golpear antes de entrar, no quería volver a sentirme perforada por esos ojos color zafiro.

—No se reciben visitas —le oí decir con esa voz grave.

—Buenos días, señor Bennett.

—Doctora Sharpe. —Estaba segura de que me mandaría al infierno, ya había entendido que no pretendía cooperar y que iba a ser un caso difícil. Abrir la cortina iba a ser el primer paso, le gustara o no.

Silencio.

—Es mucho mejor verlo a la luz del día. Ayer estuve revisando su ficha médica y además de las lesiones del accidente, tiene un gran historial —su rostro era hostil, pero la visión era tan petrificante que enderecé la espalda y contuve la respiración.

No tenía abrochada la camiseta, ¿cómo se suponía que iba a concentrarme si no podía dejar de mirarlo? Aun cuando tenía los brazos cruzados, sus ojos fijos en la ventana y no hacía contacto visual conmigo. Mordí el lápiz sin darme cuenta de que era el de la nueva *Tablet*.

—Su primera fractura la tuvo a los ocho años, según lo que dice aquí fue la primera vez que se rompió la nariz. —No me miró ni pareció escuchar lo que acababa de decirle. Sus ojos azules estaban perdidos en algún lugar que no eran los míos. No era que quisiera que me mirara fijo, pero al menos que reconociera que estaba con él.

Alguien venía hacia la habitación, los pasos eran firmes y oí cuando tocaban la puerta.

—¿Alex? —Un hombre de voz grave asomó su cuerpo antes de entrar. Era impresionante. Alto, de espalda ancha y con el cabello oscuro, sus ojos casi verdes y rostro cuadrado, hacían de él un hombre digno de espectáculo; los colores de su traje

resaltaban su presencia y su actitud amable le daba un aire de seguridad.

—Y, ¿cómo te sientes?

—Es un poco temprano para que vengas a preguntarme eso. Si vienes después de que me saquen de la cama podré darte más detalles.

—No seas idiota —replicó el recién llegado.

No notó que estaba parada cerca de la ventana, así que di un paso hacia adelante para presentarme, pero Alex me retuvo con la mirada.

—Max, permíteme presentarte a mi nuevo médico de cabecera.

—Buenos días, soy la doctora Penélope Sharpe —dije y le extendí la mano.

—Soy Max Russell, es un placer conocerla —respondió y estrechó la mía.

Recordé que el doctor Craig me había comentado que ambos eran algunos de sus pacientes frecuentes.

—Entonces doctora, ¿cuándo iniciará Alex la terapia?

—En un par de días.

—Es una buena noticia. Sabemos que no deberíamos venir tan seguido, pero este idiota nos ha dado el susto de nuestras vidas.

Así como estaban las cosas, iba a tener que aprender a hacer algo que no fuera morderme la lengua. Después de que Max me saludó, Alex enrolló los ojos y volvió a cruzarse de brazos.

—Señor Russell, espero no ser mal educada. Por lo que he visto en la ficha, usted es el contacto de emergencia del señor Bennett.

—Así es, pero dígame, Max. Tengo la sensación de que nos veremos más que unas cuantas veces — respondió con una sonrisa encantadora.

—Si me permite, nuestro paciente no ha sido muy colaborativo y ayer me hicieron el traspaso. Le he hecho algunas preguntas, pero su amigo no se ha dignado a responder.

—Claro, doctora, lo que usted diga.

—En su ficha aparecen varias fracturas y lesiones... ¿Sabía usted algo de esto?

—Sí —respondió Max.

—¿Me podría dar detalles? —le pregunté.

—Tampoco quiero ser mal educado, doctora, pero esas preguntas debería hacérselas a Alex. Conozco la historia de cada una, pero es mejor que él le cuente sobre ellas, él es el paciente.

Cada vez me era más difícil conseguir información. No cooperaba, no respondía y cuando lo hacía, lo hacía de mala gana. No podía quedar mal ante los ojos del doctor Craig ni de los demás e iba a demostrarle a todos lo que era capaz de hacer.

—Doctora, si no le molesta, ¿podría dejarnos a solas?

—¡Oh, claro! —dije y salí de inmediato.

¿Se me pasó la mano cuando le pregunté a Max? Alex... el señor Bennett, era mi paciente, pero me frustraba que el maldito no respondiera nada y más encima se jactara con tono arrogante. Si el doctor Craig se enteraba de lo que acababa de hacer, de seguro me pondría a hacer las rondas junto con los internos de primer año.

—¿Qué estás haciendo? —Oí a su amigo preguntar.

Me quedé al costado de la puerta y tuve que pelear conmigo misma sobre ética. Escuchar conversaciones no era lo que se esperaba de una doctora como yo.

—Estoy cansado, Max, déjame en paz.

—Ah, ¿sí? Por Dios que eres idiota. —Max echó una carcajada.

—No sé qué esperas que te diga. Me duele todo y esa maldita mujer me raciona cada dosis de analgésicos que le pido. ¿De verdad crees que me convertiré en el señor simpatía? Pues te equivocaste de día.

—Alex, basta ya. Sé lo que te está pasando, pero esa actitud no te ayuda en nada.

—¿Sabes acaso qué es lo que quiero? Vete por favor. —La voz de Alex ya no tenía amabilidad, se había vuelto tosca y habría apostado a que iba a comenzar a responder con monosílabos.

—Muy bien, si estás decidido, te veré mañana.

Oí la silla, pero Max fue más rápido y tropecé con él cuando salía de la habitación. Se dio cuenta de que había estado escuchando detrás de la puerta, pero no dijo nada y siguió por el pasillo hasta la salida.

Me moví despacio y en silencio, no quería que mi paciente se diera cuenta de que lo mío no era la delicadeza. Era mi desafío e iba a ser mi gran caso.

«Si crees que me vas a arruinar años de esfuerzo, estás completamente equivocado».

CAPÍTULO 5

Alex

Max quería ayudar, aparecer en el hospital y presionarme era su forma de hacerlo. Sin embargo, él no conocía algunos de los detalles y no pretendía comenzar a dar explicaciones, porque, hablar de Martin y Rebecca no estaba en mis planes. Sabía que tarde o temprano me preguntaría por qué me fui de la gala y después, no respondí sus llamadas.

«Me atropelló un camión por la *mierda*, ¿es que nadie se ha dado cuenta de que eso es más que suficiente?»

La puerta se abrió de par en par y vi a un hombre que traía con él un carro con diferentes elementos.

—Buenos días, señor Bennett, mi nombre es Oliver y, junto con la doctora Sharpe, estoy a cargo de su rehabilitación. —Lo habría abrazado de ser posible, solo quería salir de la cama y él era quien iba a ayudarme.

Escuché al doctor Craig cuando le dijo a Max qué era lo que venía y qué necesitaba.

«Paciencia, tenacidad y constancia». Era más fácil decirlo que hacerlo.

—Buenos días, Oliver, puedes llamarme Alex.
—Se acercó a la cama y me ayudó a levantar el cuerpo hacia el borde.

Oliver revisaba el estado de mi pierna sin sacar la férula, hizo algunos masajes de drenaje en los tobillos, luego se concentró en la otra pierna y me ayudó con algunos ejercicios.

No me iba a quedar inmóvil, si no podía trabajar mis piernas, trabajaría el resto.

—¿Oliver? La próxima vez que vengas, ¿podrías traer mancuernas? Necesito moverme.

—Tengo que preguntarle a la doctora Sharpe, si ella me autoriza, cuente con ello —respondió— y... señor Bennett, solo serán un par de semanas.

Para él eran un par de semanas, para mí era la distancia que había entre el camino a la locura y la oscuridad.

Penélope

El doctor Craig seguía supervisando mi intervención en los casos de otros pacientes, pero había dejado a mi criterio todo lo que tuviera relación con Alex... el señor Bennett... lo que no tenía sentido. Cuando me lo asignó, pensé que me daría carta blanca con los demás. Estaba acostumbrada a las horas de turno, pero desde que lo tenía en exclusividad era una carga extra de estrés y ansiedad.

Mis baños en esencia de ámbar eran relajantes, pero cuando estaba oscuro y apagaba las luces de mi habitación, sentía que me iba a estrellar contra una muralla.

A veces soñaba con él y despertaba aún más turbada que cuando me había acostado.

Su mal humor era constante, aunque de vez en cuando tenía la sensación de que estaba mirándome y la ola de calor que me sacudía me obligaba a estar en permanente alerta.

Cada vez que entraba a verlo por las mañanas, era justo después de que las enfermeras habían terminado de ayudarlo con el baño, el aroma de su perfume, sándalo amaderado, quedaba dando vueltas como efecto residual en mis sentidos. Era tan seductor que cada día se me hacía más difícil apartarlo de mi memoria. Su efecto era adictivo, todo lo que tenía que ver con él me llamaba la atención y debía reprimir el deseo de encontrar excusas para visitarlo.

Todos los días y por más que había instruido a las enfermeras que lo dejaran con la camisa cerrada, cuando llegaba, tenía los tirantes sueltos.

Sería más fácil tratarlo si no lo hubiera conocido antes en aquellas circunstancias, en LNDD, pero con esa actitud me obligaba a ser más dura. Iba a demostrarle que era una profesional y no una mujer que sufría de ataques de pánico en medio de un evento. Pero su sonrisa burlona y sus ojos azules...

«¡Dios, esos ojos, esos ojos parecían llenos de fuego!».

Había despertado más de una vez a medianoche con la respiración agitada, después de algún sueño perturbador sobre él y los giros de los libros cuando los héroes pasan de enemigos a amantes.

Mi turno estaba por terminar cuando recibí un mensaje del doctor Craig.

—Buenas tardes, doctora —saludó cuando entré a su oficina— tenemos un problema con la rotación de enfermeras en los controles del señor Bennett.

—¿Cómo?

—Sí, he visto cómo se turnan entre las de diferentes pisos para visitarlo y entran más veces de lo necesario en un mismo día.

—¡Pero doctor!, eso no es posible, la tabla de turnos, la diseño yo y la ajusto en forma permanente.

—Se aclaraba la garganta y negaba con la cabeza.

—Doctora, le sugiero que la revise. Recibiremos quejas en breve y me parece que no es ético por parte de nuestro personal.

—Pero ¿de qué está hablando?

—Sorprendí a una de las enfermeras de neonatología con la ficha de Alex en la estación hace diez minutos.

—¿Qué?

—Creo que debe controlar el acceso de las enfermeras, ¡ya! —Sus ojos estaban serios, se veían impenetrables y en su boca había una sonrisa reprimida al igual que en el tono de su voz. Parecía estar divertido con la situación, aunque, dadas las circunstancias, yo habría preferido que la razón de esa reunión fuera una reprimenda.

Lo de las enfermeras era imperdonable, ninguna de ellas entendía lo difícil que era para mí lidiar con él y, por lo tanto, la complicación que podía significar esa situación. Pasar de poca a cero cooperación por parte de Alex... uf, del señor Bennet... podría suceder en un abrir y cerrar de ojos.

Después de revisar los turnos y fichas, llamé a diez enfermeras, siete de ellas pertenecían a otras unidades, se habían pasado el dato y buscaban excusas para verlo, según habían confesado, por lo guapo y rudo que lo encontraban. Dios.

Como si fuera poco, alimentar su ego era lo último que necesitaba en ese momento.

Por la tarde de ese mismo día, me sentía agotada y lo único que deseaba era irme a casa, pero aún me faltaba visitar a mi último paciente, Alex Bennett.

—Espero que haya tenido una buena tarde —le dije con la esperanza de que el asunto de las enfermeras no saliera en la conversación.

Ni siquiera se molestó en mirarme. Estaba con su móvil y sus *AirPods*, y creí que no había notado el momento en que entré en la habitación.

Me paré frente a él.

—Sharpe —respondió— solo faltabas tú esta tarde.

—¿Cómo dice?

—Eres la novena mujer que viene a visitarme hoy... aunque supongo que tú no cuentas. —Que me tuteara acercaba más la brecha entre nosotros y debía recordarle que entre nosotros había distancia.

—Señor Bennett, vine a ver cómo se encuentra, ya termino mis rondas por hoy y quería saber si necesita algo.

—Estoy bien Penny... perdón Sharpe, puedes irte, pero diles a tus enfermeras que llamaré a seguridad si alguien más viene a molestarme.

—No sé de qué me habla. —Negar mi conocimiento de la situación me parecía una mejor táctica que asumirla, al menos tendría más tiempo para evitar que sucediera de nuevo.

—No me mientas.

—¡Señor Bennett!

—Lo veo en tu cara, pero como quieras, que tengas buenas noches Sharpe. —Y así de simple, volvió a ponerse los audífonos e ignorarme.

Alex

Me sentía como los presos, poniendo equis en cada día y ya llevaba doce.

Oliver entró con su mismo buen ánimo de siempre para llevarme al gimnasio. Por primera vez iba a apoyar la pierna sujetándome en los barandales.

—Escucha con atención lo que haremos. —Puso el freno de la maldita silla de ruedas y me ayudó a salir de ella—. Primero, te pondrás de pie lentamente. Me levanté y sentí presión sobre las piernas. Me habían sacado la férula, pero los vendajes aún estaban e insistían en recordarme el estado en el que me encontraba.

El dolor fue tan intenso, que estuve a punto de caer desmayado después del primer balanceo. Estaba consciente de que la recuperación iba a ser lenta y que debía ir al ritmo que dictara mi cuerpo, pero también sabía, que el entrenamiento era clave. Me sostuve con toda la fuerza de mis brazos y, en pocos segundos, vi todo negro.

Abrí los ojos y vi a Penny... Sharpe, que me miraba con las pupilas dilatadas, y a Oliver, que figuraba tras ella balbuceando explicaciones. En minutos, me llevaron a mi habitación y, aunque traté, no pude distinguir quién estaba más pálido, si ella o yo.

—Señor Bennett —dijo muy seria—. Seguiremos la terapia física, pero de baja intensidad, Oliver vendrá dos veces al día y le ayudará a llevar a cabo ejercicios localizados.

—¿Y qué se supone que significa eso doctora?

—Que todavía no está en condiciones de hacer tanto esfuerzo como para estar de pie. Lo mejor es tomar todo esto con más calma.

—Penny, ¿qué sabes tú sobre tomarse las cosas con calma?

«¡Qué parte del que no quiero estar en cama no estás entendiendo maldita sea!».

—Soy la doctora Sharpe.

—¡Claro!, había olvidado esa parte.

—Señor Bennett, creo que será mejor que descanse —dijo y salió de la habitación.

A pesar de esa mirada transparente, porque podía ver a metros lo que decía y, a pesar de que se mojaba los labios cada vez que mordía el lápiz; el deseo de cortarla en pedazos era un pensamiento cada vez más recurrente. Se las arregló para hacerme olvidar por completo a la impactante mujer del vestido azul. Su fría actitud iba perfecta con la habitación, el aburrido color blanco y el aroma a antisépticos del hospital, incluyéndola, eran todos repelentes.

Escuché un sonido y en la puerta vi a Cassandra que entraba de manera silenciosa. Seguro que mi mejor amigo había pedido refuerzos para ayudarme a levantar el ánimo.

—Hola, bonita.

—Max me contó que había venido a verte y que perdiste todos tus modales —dijo mirándome con una sonrisa. Su embarazo la hacía ver brillante y, considerando cómo fueron las cosas entre ellos,

escucharla riéndose me hacía recordar momentos normales, cuando estábamos todos en plena noche de pasta, en la mitad de una pizza o jugando naipes en la viña.

Penélope

«¿Quién se ha creído Alex?... ¡Sí Alex!... ¿Quién se cree que es?».

Sacarme en cara, lo de tomar las cosas con calma era lo peor. No fui yo la que huyó de la gala y ese, precisamente, no era un ejemplo de qué significaba tomarse las cosas con tranquilidad. Se quejaba constantemente e insistía por más analgésicos y calmantes, para luego gritarme porque no podía comenzar la rehabilitación. Estaba loco si pensaba que lo dejaría salir de la cama antes de estar segura de que no volvería a desmayarse de dolor.

Esperaba que, con los primeros pasos, bajara su nivel de ansiedad. Sin embargo, cuando entré en el gimnasio lleno de barras y colchonetas y vi cómo se balanceaba, estuve a punto de gritarle a Oliver para que lo volviera a poner en la silla. Cuando cayó al suelo, temí que se hubiera lesionado también la cabeza.

Aún inconsciente se veía guapo, incluso más que el promedio, el muy maldito. Sin embargo, por su actitud en el último tiempo, solo se veía bien si estaba dormido o desmayado. Ya no me importaban lo brillantes que fueran sus ojos o la forma de sus brazos, sencillamente no podía evitar querer golpearlo en el mentón cuando abría la boca para decir estupideces.

Odiaba que me dijera Penny, me recordaba al instante la maldita noche en que nos conocimos, pero me hervía la sangre cuando me decía Sharpe. Mi

título y rol eran de doctora, y a pesar de lo que dijera, era así como debía llamarme.

El desastre con las enfermeras pasó desapercibido, al menos no hizo escándalo por eso. Quedaron aterrorizadas cuando les dije que las suspendería si volvía a descubrirlas, o que si recibía algún reclamo del señor Bennett no las defendería si él llamaba a seguridad. No iba a hacerlo, por supuesto, pero estaban tan embobadas que tenía que ser firme en la posición, para que dejaran de dar vueltas a su alrededor.

Los avances con la terapia eran otra cosa. Los exámenes estaban bien, sanaba de acuerdo con lo esperado y era entendible que siguiera con dolor, las lesiones en su pierna eran considerables. Pensar en acelerar el proceso después de dos cirugías era una locura, por mucho que él estuviera empeinado en eso. Solo me quedaba obligarlo a bajar el ritmo, lo que no ayudaba a aplacar su mal genio que crecía en forma exponencial todos los días.

Necesitaba conocer los detalles de sus lesiones anteriores para entender cómo había sido su recuperación y esperaba que estuviera dispuesto a darme más información.

Me detuve y golpeé la puerta. Tomé la manilla, iba determinada a evitar cualquier clase de confrontación.

—¿Señor Bennett? —Entré sin hacer ruido y estaba de nuevo con las cortinas cerradas.

—Doctora Sharpe —dijo e hizo una mueca que mostraba lo llenos y perfectos que eran sus labios.

—Está todo bien con sus exámenes.

—Se lo agradezco.

—Señor Bennett, necesito saber más de las otras lesiones que ha sufrido. —Me miraba con desdén y en su rostro dibujó una mueca torcida.

—Todavía no entiendo la obsesión que tienes con saber de ellas. Sharpe, juego rugby desde que tenía ocho años. Max y yo fuimos seleccionados de *The Flyers* en esa época y hace más de cinco años que juego como titular en la liga profesional. Supongo que conoces de que se trata el rugby, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sé de rugby, señor Bennett! Es un deporte violento, lo que explica por qué se ha quebrado tantos huesos y por qué se comporta como un verdadero idiota.

Claro que sabía de rugby, mi hermano jugó cuando estábamos en el colegio, todos los fines de semana. Sin embargo, no recordaba que hubiese terminado con tantos huesos rotos.

Alex

Oliver llegó temprano por la mañana a sacarme de la cama, por fin, lo intentaríamos de nuevo en el gimnasio.

—Buenos días, señor Bennett. —Penny estaba esperándonos.

—Sharpe. —Que no le dijera doctora, que le dijera Penny o insistiera con llamarla por su apellido, le molestaba y yo, lo tenía más que claro. Hacerla enojar se había convertido en uno de mis pasatiempos, junto con mirar el techo y contar ovejas. Por otra parte, una de las cosas más exquisitas del día era verla morderse los labios mientras esperaba una respuesta suspicaz, el rosa de sus mejillas cuando la miraba de arriba abajo con descaro o cuando la sorprendía haciendo lo mismo. Porque a pesar de que ella intentara disimularlo, la veía... cada vez.

Estaba distraída dándole instrucciones a Oliver mientras que yo me concentraba en la meta. Iba a levantarme y caminar, no pensaba trastabillar, no iba a darle esa satisfacción.

Usé los brazos para cargar parte de mi peso y mantenerme firme de manera vertical por primera vez en demasiado tiempo. Solo podía quedarme en esa posición, avancé unos metros y no seguí más allá porque no quería caer y limpiar todo el suelo con mi cabeza.

Las visitas de Oliver eran lo mejor de mis días. Que me llevara al gimnasio para mantenerme de pie y acumular pasos sobre el barandal, era equivalente a llegar a la línea para anotar un *try*.

La transición fue paulatina. De la silla al andador que usé por una semana y después a las muletas que me servirían para caminar tramos cortos. Gracias a esa pequeña autonomía, desde que ingresé inconsciente al hospital podría ducharme, solo.

Max se hizo cargo de mandar mis cosas y por primera vez en veinte días iba a usar mi propio Shampoo... no más esponjas.

Parecía ser que Penny me estaba evitando. Ya no la veía con tanta frecuencia, hacía su ronda diaria que no duraba más de cinco minutos y se iba, sus suspicaces ojos buscaban la forma de evadirme y sin darse cuenta, fruncía el ceño o mordía el lápiz. Se ponía nerviosa cuando estaba conmigo, había descubierto que cuando eso pasaba, se desarmaba el moño o la trenza y los volvía a armar. Era un acto reflejo, un gesto transparente y adorable. Cada día me convencía más de que ella no tenía idea de que lo hacía cuando se sentía al borde, ya que no era capaz de disimular sus emociones.

La noche anterior discutimos por la cantidad de tiempo que, según ella, podía estar ejercitando y en ese pequeño lapso, se desarmó la trenza dos veces.

Penélope

Alex se recuperaba rápido. Pasaba más tiempo en el gimnasio de lo que yo le había indicado, trabajaba duro y Oliver lo apoyaba.

Tomé su ficha de la estación de enfermería y después de revisar cómo iban sus progresos me dirigí a su habitación. Por precaución golpeé antes de entrar y me sorprendí al ver las cortinas abiertas, pero no lo vi ni a él ni a sus muletas.

Abrió la puerta del baño y ese aroma... sándalo amaderado, saturó el aire del lugar. Recién salido de la ducha, se había sacado la camisa de hospital y venía en bóxer. No estaba en mis planes quedarme quieta y mirarlo, no era la primera ni la última vez que vería a un paciente semidesnudo, pero era todo y más de lo que había imaginado. Esos abdominales que dibujaban un triángulo perfecto más abajo de su cintura. Guau.

Lo último que quería era que él se diera cuenta de que lo estaba mirando y desarmé mi trenza para amarrar mi cabello en un moño suelto y disimular.

—Buenos días, Sharpe —dijo y sentí también el aroma a menta y caramelos.

—Señor Bennett, veo que ha decidido cambiar los protocolos del hospital. —Venía con ambas muletas caminando lento, mientras apoyaba levemente la pierna fracturada, y su piel bronceada era el único color que podía apreciar en la habitación. Por su estatura y tamaño, entendí cuán incómodo debía de haber sido, estar tantos días acostado en esa pequeña cama de hospital.

—Sharpe, si fueras tan gentil de dejar de mirarme y acercarme la camiseta blanca que está a los pies de la cama.

—Claro... por supuesto... Al..., señor Bennett. Mmm... debo decirle que nuestro protocolo especifica camisas de hospital, no bóxer ni camisetas.

—Lo siento Sharpe, pero estoy cansado de que me estés mirando el trasero cada vez que me doy la vuelta —dijo con una mueca.

—Señor Bennett, le ruego, se meta a la cama de una vez.

—Si me ayudas con las muletas Penny, podré hacerlo más rápido —dijo, torció los labios y me miró con esos ojos azules que habían vuelto a ser brillantes y estaban cargados de malicia.

—Señor Bennett, ya se lo he explicado, solo mis amigos y mi familia me dicen Penny, y usted no pertenece a ninguno de esos grupos.

—¿Es que no me has oído? Necesito de tu ayuda para volver a la cama.

—Y, ¿cómo se supone que iría a la cama solo si yo no hubiera llegado?

—Sabía que vendrías por mí.

—¡Por Dios, señor Bennett, usted no aprende!

—No si puedo evitarlo.

—Mire, entiendo que se sienta frustrado.

—Ajá, claro, tú eres la experta.

—Sí, señor Bennett, yo soy la experta y usted está bajo mi cuidado, le ruego por favor que sea inteligente.

—Lo que tú digas, Sharpe.

—Los protocolos del hospital son rigurosos, señor Bennett, dejaré pasar lo de su atuendo en este

momento. Pero debo recordarle que, aún tiene pendientes algunas sesiones de terapia antes de salir de aquí y que no podrá hacerlo, si yo no firmo los papeles que indican que usted está de alta. No olvide que es el capitán de un equipo y que su entrenador está muy preocupado por su bienestar.

—Espera un momento... —dijo una vez que analizó mis palabras—. No puedes chantajearme, no tienes derecho.

—Señor Bennett, su entrenador, el señor Rodda, ha sido muy específico. —Estaba tratando de torcerme el brazo, pero lo que él aún no entendía, era que yo ya le había ganado.

—Mira, Sharpe, ya llevo demasiado tiempo aquí.

—Señor Bennett, si coopera...

—¡Está bien maldita sea!, dime, ¡qué mierda quieres!

—¡Quiero que obedezca! —grité.

Salí dando un portazo y no me detuve hasta que llegué al helipuerto. Le había gritado a mi primer paciente, le había gritado a él. No, que no hubiese tenido ganas de hacerlo antes, pero no podía permitírmelo.

Tenía las manos sudorosas y taquicardia. Me iba a ahogar y no había agua en ninguna parte. Cuando me bajó el pulso, pero todavía con la respiración entrecortada, entré a la sala de descanso y me mojé el rostro con agua fría. Cinco minutos después, cuando llegaba a la estación de enfermería, me informaron de que Max había entrado en su habitación.

Necesitaba hablar de nuevo con él para bajar los decibeles de nuestra conversación anterior. Me había sorprendido verlo sin... solo en bóxer y sin camiseta, eso era todo.

Esperé, pero Max no salió a tiempo y mi turno ya había terminado.

Cerré la puerta de casa y antes de dar un par de pasos más, tiré los zapatos en la entrada, puse mi bolso y llaves en la mesa de la cocina. Las rondas permanentes habían hecho que perdiera la costumbre de andar con tacones, sin embargo, me encantaba usarlos, ponerme vestidos y sentir que era humana, recordar que era una mujer. El maquillaje era siempre sutil, al menos los días que llevaba mis anteojos. Cuando usaba lentes de contacto me esmeraba un poco más. Sentí alivio cuando mis pies tocaron el suelo, era un deleite celestial, la sensación era de libertad y me olvidaba de la tensión. Me saqué el vestido por la cabeza y dejé una estela de ropa cuando fui a mi habitación. Cada vez me importaba menos el desastre, tarde o temprano tendría que recogerlo todo. Prendí el agua, y, mientras se llenaba la bañera, saqué una botella de vino blanco del refrigerador.

Con la copa en la mano, cerré los ojos, disfruté del calor y de cómo mis músculos se distendieron gracias al aroma del aceite de ámbar que había puesto en el agua caliente.